

MANU PONCE

SENTENCIAR

un amor

SENTENCIAR

en amor

Primera edición.

Sentenciar un amor

Manu Ponce ©Mayo, 2021

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Agradecimientos

Como siempre, agradecer a *Las chicas de la Tribu*. Cada día a su lado se transforma en una revolución de sonrisas. Sin duda, mis días tienen más color desde que las conozco.

A cada una de mis lectoras, gracias por confiar en mis letras. Gracias por los consejos y el cariño que me brindan.

Y este libro en especial va dedicado a dos de mis compañeros: Aitor y Jenny. Un gran cambio llegó a sus vidas y solo puedo desearles lo mejor del mundo en esta nueva etapa. Que estos cambios, los llenen de felicidad y dicha. Merecen todo y mucho más, por ser las grandes personas que son.

«Un poco de locura es lo mejor para conservar la cordura»

Capítulo 1



Sentenciar un amor debería estar prohibido. Hoy lo sé, me sobran motivos para afirmarlo. No siempre fue así, hubo un tiempo en el que me lo cuestioné todo más, ¿deformación profesional? Quizás sí.

Soy juez y mi nombre es Rémy. Mi historia podría haber sido como la de cualquiera de mis compañeros de juzgado; un matrimonio convencional, niños, reconocimiento social y mirar para la galería; antes muerto.

Si os soy

sincero, a mí lo de la erótica del poder como que me ha resbalado siempre. No así otro tipo de erótica, pues creo firmemente que la sugerencia de unas curvas femeninas pueden ser la perdición de cualquier hombre.

Lo afirmo con convicción y es que las cicatrices del pasado me avalan para ello. Todos llevamos nuestra propia mochila, no os descubro América si os digo que esto es así, pero hay cicatrices mucho más hondas que otras.

Todo empezó una noche de sábado de un mes de invierno de hace dos años...

—Rémy, ¿existe alguna posibilidad por remota que sea de que lleguemos a tiempo? —La que hablaba así era Amanda, mi mujer...

—Existe, pero si insistes en mantener ese tono es muy posible que la cosa cambie. —Torcí el gesto.

El ambiente en casa no era precisamente el ideal y tampoco podía adjudicarle a ella la culpa, eso habría sido totalmente injusto. Y yo de impartir justicia sí que entendía.

Amanda y yo nos habíamos conocido dieciocho años atrás, cuando a mí me faltaban dos cursos para acabar la carrera de Derecho y ella era una estudiante de primer curso de Económicas.

Desde el principio nos hicimos inseparables. Para mí, fue mi primera novia formal, dado que

hasta entonces solo tuve un par de novietas que pasaron por mi vida sin pena de gloria. Por su parte, fui su primer novio a secas, porque antes no había salido con nadie.

A ojos de nuestros padres éramos la pareja ideal; estudiosos, formales, responsables y cuidadosos el uno con el otro. En unas familias como las nuestras, en las que las apariencias lo eran todo, lo nuestro cayó como agua de mayo.

Por aquel entonces mi hermano mayor, Andrés, había dejado embarazada a su novia y abandonado los estudios. El disgusto supuso tal mazazo en casa que mi madre estuvo ingresada un par de veces en urgencias, del soponcio que le dio.

Ante el cariz que tomaron los acontecimientos, Amanda supuso una bendición para ellos y no les dolieron prendas en hacerme ver que trenes así no pasaban dos veces en la vida, que cuando uno conocía a alguien con quien “casaba” tan bien no debía detenerse a pensar nada más... Y justo eso fue lo que hicieron, encargarse de que nos casáramos en cuanto yo saqué las oposiciones de juez, a los veintiocho años.

Si digo que por aquel entonces seguía enamorado de Amanda corro el riesgo de que me crezca la nariz, porque no fue así. Me casé con ella por costumbre y con el tiempo detecté en su actitud que a mi mujer le había pasado tres cuartos de lo mismo.

Eso sí, vista desde fuera, nuestra vida bien podía parecer idílica; nuestra posición social era digna de envidiar, ya que a mi plaza de juez sumábamos que Amanda pasó a dirigir una importante empresa en un tiempo récord.

Así las cosas, solo nosotros sabíamos que nos faltaba algo; y ese algo era la chispa que debe alumbrar la vida de cada pareja.

Digamos que entre Amanda y yo no había grandes problemas, porque tampoco estábamos por la labor de buscar grandes soluciones. Si uno tenía un día una queja, el otro miraba para otra parte y esperaba a que pasara.

En el terreno sexual, ¿qué queréis que os cuente? Pues que la cosa tampoco era para tirar cohetes, como ya estaréis sospechando. No os equivocáis; Amanda y yo nos limitábamos a echar uno o dos polvos semanales y pare usted de contar.

La rutina se instaló en nuestra cama el mismo día que el amor saltó por la ventana y la cosa iba cuesta abajo y sin frenos.

Fue Soraya, la mejor amiga de Amanda, quien detectó que nuestra vida marital no es que fuera el colmo de la pasión y le dio aquella idea que en principio me pareció tan rocambolesca.

—¿Ir a un club de intercambio de parejas? Venga ya, Amanda, solo faltaba que alguien nos

reconociera—le dije cuando me lo propuso.

—¿Qué sabrás tú? La hermana de Soraya ha ido con su marido, el francés, y por lo visto están encantados con el tema.

—Yo no lo veo, te digo que no lo veo, ¿y qué me cuentas de lo del tema de la confidencialidad?

—Como que te crees tú que los que están allí tienen intención de que su cara salga en primer plano en los periódicos, no te fastidia. Además, todo es de lo más sofisticado, la gente va con unas máscaras que impiden que se les reconozca.

—¿Con unas máscaras? —me interesé porque ese tipo de complementos siempre me habían chiflado.

Aquí donde me veis, y aunque con Amanda no es que rezumara pasión, yo tenía una intensa vida sexual en mi cabeza... Mil ideas que sabía que saldrían alguna vez de ella, pero es que era ver la cara de mi mujer y constatar que lo nuestro estaba en la cuerda floja; ninguno de los dos nos motivábamos ya en la cama.

A partir de ese momento, comencé a escucharla con más atención. La idea terminó por interesarme lo suficiente como para darle un voto de confianza a Amanda, si bien, conforme iba llegando la hora de salir para el club aquel sábado, las dudas asaltaron mi cabeza.

¿Sería aquella una buena idea? En el fondo, todas aquellas fantasías que siempre tuve estuvieron instaladas en mi mente, ¿cómo sería sacarlas de paseo?

Me sentí como cuando uno va a un examen de esos de los que depende su futuro y sabe que, en función del resultado, su vida irá en una dirección o en otra.

Con una cierta sensación de intranquilidad, me abotoné la camisa Calvin Klein que estrenaba ese día y eché mano de mi reloj Omega, ese último capricho que me había dado.

Aunque, para capricho, el del Audi e-tron GT que descansaba en mi garaje a la espera de llevarnos adonde quisiéramos. He de decir que, hasta para alguien de nuestra posición ese era un lujo excesivo, pues lo elegí con todas las pijotadas habidas y por haber, pero es que la herencia que recibí por aquellos días de una anciana tía fallecida terminó de convencerme de que era el coche que necesitaba.

Creo que ya he mencionado que lo que pensarán los demás de mí, o en su caso de mi vida y mi matrimonio, me la traía al paio, lo cual no tiene que ver con que mis gustos fueran caros, que yo era exquisito por naturaleza. Con lo que sí tenía que ver era con el hecho de que no me dolerían prendas a la hora de tirar todo lo que esa vida representaba si un día descubría que

deseaba vivir otra.

El sonido del motor de mi nuevo coche me calmó tan pronto me puse al volante de este.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —le pregunté a Amanda.

—Jo, Rémy, lo dices como si de ello dependiera mi vida, como si fueras a dictar una sentencia. ¿Puedes hacer el favor de olvidarte de los formalismos y tratar de disfrutar?

—Eso está hecho—le respondí.

Capítulo 2



Algo que comprobé desde el mismo instante que cruzamos el umbral de la puerta de aquel selecto club de intercambio fue que, efectivamente, la confidencialidad estaba garantizada.

Es curioso porque, desde fuera, nadie diría que estábamos ante uno de los locales de intercambio de parejas más elitistas de Madrid. La sobriedad de sus paredes y lo anodino de su fachada no dejaban ver que así era.

—¿Estás seguro de que ya hemos llegado, Rémy? —A Amanda le dio la misma sensación que a mí.

—Salvo que el GPS se haya pitorreado de nosotros, parece que así es.

Lo de las juergas sexuales en grupo yo siempre lo había visto desde otra perspectiva, imaginándome un local que, ya desde fuera, oliera a lujo y refinamiento.

Nada más lejos de la realidad y la cara de bobo que se me debió quedar solo era comparable a la de la icónica escena esa de Stanley Kubrick, cuando Tom Cruise no da crédito ante una orgía que podría calificarse de descomunal en *“Eyes wide Shut”*.

Soraya nos lo había dejado bastante claro, ya que su hermana le explicó eso de que, en los ambientes liberales más elitistas, “para pertenecer hay que ser”, ¿y qué implica eso de “ser”? Pues implica discreción.

Solo había que traspasar la puerta de aquel local para entender que en ese “ser” se incluía también el hecho de que había que gozar de una vida acaudalada como garantía de una “exclusividad” que aquel sitio llevaba por bandera.

En definitiva, que, si querías pertenecer a aquel hermético mundo, debías entrar por el aro y convertirte en parte de un ambiente completamente apartado del resto donde la élite es la reina.

El que se abrió ante nosotros fue un club con una decoración que, en cierto modo, nos

recordó a ambos a la del Caribe colombiano. Su discoteca central no pasó desapercibida a nuestros ojos ya que en ella bailaba un buen número de personas (unos con ropa y otros sin ella), pero todos ataviados con sus máscaras.

Diversas salas destinadas al relax, una espaciosa y confortable terraza que llamaba al esparcimiento con un servicio de coctelería, piscinas cubiertas y climatizadas y un extenso “*free-shop*” con todo tipo de juguetes sexuales hicieron que nuestros ojos no quisieran perderse nada de lo que ante ellos desfilaba.

—También contamos con un pequeño cine con aire acondicionado y butacas reclinables—nos comentó Saray, la encargada del club, de cuya mano conocimos todo aquello.

—¿Un pequeño cine? No me imagino viendo aquí, “Babe, el cerdito valiente” qué quieres que te diga—le comentó Amanda.

—Obvio que no, querida, solo emitimos porno. ¿Habéis visto ya nuestros espacios “multiusos”?

No los habíamos visto, pero fue lo siguiente que nos enseñó.

—Esto parece como una tribuna.

—Amanda se mostraba más habladora que yo que, cauto, y parapetado tras mi máscara, tomaba nota mental de todo lo que allí ocurría.

Desde esas especies de “tribunas”, como ella las llamaba, se accedía visualmente a todo lo que ocurría en la pista.

—A partir de las doce tenemos actuaciones en vivo, con unas chicas que... Bueno, ya juzgaréis por vosotros mismos, pero son espectaculares. No lograríais vibrar tanto en ningún otro local de Madrid, eso os lo garantizo.

La pasmosa seguridad con la que hablaba Saray, pese a ser una chica que no debía tener ni treinta años, infundía confianza.

—¿Qué tipo de espectáculos son los que se ofrecen? —carraspeé.

—De todo tipo, pero esta noche actúa Abby. No es porque yo lo diga, pero es el erotismo hecho mujer, no os lo debéis perder.

—¿Sí? — La forma de hablar de Saray despertó la curiosidad de Amanda.

—Sí, es una fuera de serie. En ciertos momentos de la actuación puede que se acerque a los clientes; las normas son que no se la puede tocar, eso es sagrado.

No era solo la curiosidad de mi mujer la que Saray estaba despertando con sus palabras;

también la mía debería ser saciada, a la vista de sus palabras.

—Habrás que verla, puede que algunas tengamos que tomar nota. —Amanda, que de tonta no tenía un pelo y sabía que nuestra relación había decaído mucho, lo dijo con total retintín.

—El sexo es un mundo apasionante que merece ser explorado desde todas sus perspectivas, preciosa—le contestó Saray mientras nos abandonaba a nuestra suerte.

Capítulo 3



Si de algo sé por mi profesión, es de expresión corporal. Una persona puede estar diciendo una cosa con la boca y otra muy distinta con los gestos, y eso era algo que yo cazaba al vuelo.

—¿Es la primera vez que venís por aquí?

La suavidad de la voz de aquella mujer nos atrapó a Amanda y a mí.

—Sí, ¿vosotros sois asiduos? —le respondió ella.

—Sí, digamos que somos ya de los “abonados”. —No lo decía por decir, que había parejas que pagaban una cuota fija al mes por disfrutar de aquellas selectas instalaciones y de todo lo que ellas conllevaban.

—Qué bien, nosotros andamos un poco perdidos, aunque todo lo que vemos por el momento nos gusta, ¿verdad, amor? —me preguntó, cogiéndome por sorpresa, porque hacía mucho tiempo que no se dirigía a mí de esa forma.

—Sí, aunque yo todavía estoy tratando de asimilarlo todo un poco.

Fui sincero, al menos en aquel momento no me sentía precisamente como pez en el agua.

—Nosotros podríamos facilitaros mucho las cosas. Yo me llamo Rosa. —La caricia de aquella chica al brazo de Amanda era una señal inequívoca de que les habíamos gustado.

—Sí, tío, deberíais animaros, sabemos muy bien de lo que hablamos. Este es un mundo que te atrapa, cuando entras en él ya no quieres salir. —Fue su pareja quien se dirigió a mí.

¿Era eso lo que yo quería? Pues no me lo había planteado, pero mi interés por saber “cómo funcionaba” la gente allí, ese sí que era creciente.

—Ya, lo que pasa es que en nuestra primera vez hemos venido más bien a tantear el terreno, ¿sabes? —le espeté porque nada me jodía más en el mundo que los listos que quisieran llevarse el gato al agua a toda costa, más cuando no creía que estuviésemos jugando en la misma liga.

—¿Qué pasa? ¿Eres de los que creen que es demasiado impactante la primera vez que ves a tu mujer con otro? No lo sabrás hasta que no lo compruebes.

—Eso es verdad, Rémy—me soltó una implorante Amanda y no pudo joderme más que se le escapara mi nombre real.

Me explico, habíamos pactado que allí dentro seríamos Sergio y Brianda, nada que ver con nuestros nombres reales, Pero no, Amanda se sintió tan atraída por aquel tipo que nuestros planes se fueron al garete.

Puede parecer que son mis celos los que hablan, pero nada que ver con eso. La falta de frialdad por su parte fue la que me indignó, más todavía cuando yo ponía la mano en el fuego porque esos dos no eran pareja.

El asunto fue que, dada mi negativa a “colaborar”, pues no paré de ponerle pegas al asunto, ambos terminaron por esfumarse.

—Si vas a comportarte igual con todo el que se nos acerque, mejor será que nos vayamos ya —me advirtió ella, enfadada.

—¿No te has dado cuenta de que ni siquiera son pareja? —Se lo espeté con total certeza, porque algo en mi interior me decía que estaba totalmente en lo cierto.

—Tú estás paranoico, ¿o qué te pasa? ¿Cómo no van a ser pareja?

—¿Y tú no sabes que hay gente que viene a estos sitios sin serlo? Son los menos, pero estos no tienen nada entre ellos, me lo dice mi intuición.

—¿Y entonces para qué vienen?

—Porque igual son amigos, o les une cualquier otra relación. Les da morbo el venir a un sitio como este y se hacen pasar por una verdadera pareja. Te aseguro que ellos no lo son...

—Pues estamos apañados, como te dé por estar “intuyendo” toda la noche, nos van a dar las uvas antes de pasárnoslo bien.

Me sorprendía la falta de tacto con la que Amanda hablaba del tema. De un plumazo, pasó de sentir una cierta curiosidad por ese tipo de locales, a tener que acostarnos sí o sí con otra pareja.

Digamos que, a partir de ese momento, ella estaba oficialmente de morros. Y a mí no había nada que me jodiera más en el mundo que cuando eso sucedía.

Igualmente es que se le nubló el sentido allí dentro, porque Amanda me conocía lo suficiente como para saber que, siempre que adoptaba esa actitud, cuando ella decía “blanco” yo ya tenía el “negro” en la punta de la lengua.

—Te prometo que no sé para qué hemos venido, por mí nos podemos ir cuando quieras—me recriminó un par de horas más tarde, viendo que no había manera de que nos pusiéramos de acuerdo en nada.

Y no era que aquel lugar me disgustase ni mucho menos, que me parecía una experiencia de lo más excitante el haber acudido a él, pero es que yo no estaba por la labor de actuar por impulso como ella.

Tampoco es que la gente allí fuera a saco ni nada parecido. Salvo la primera pareja, que me resultó más insistente, el resto se nos acercó de una forma mucho más elegante y respetuosa.

No deja de ser curioso que, pese a tratarse de un local de ese tipo, había miradas en la calle mucho más lascivas que las que allí se dirigía la gente.

Si no hubiera sido por la actitud de Amanda, que ya estaba claramente a disgusto, estoy seguro de que habiéramos congeniado con alguna de aquellas parejas, pero el ambiente se enrareció entre nosotros más de la cuenta.

—¿Qué te parece si nos vamos? No ha sido una buena idea la de venir, tengo ganas de irme a casa—me confesó al salir del baño.

—Por mí, sin problema. —Tampoco tenía mayor intención de permanecer allí, después de vivir una experiencia que me enriqueció a nivel sexual.

—¿Cómo que os vais ya? Si ahora viene lo mejor, que va a salir Abby—nos indicó Saray, que se interpuso en nuestro camino.

Capítulo 4



Hay veces que las decisiones que se toman en un solo segundo pueden condicionar tu vida. Si no nos hubiéramos quedado, si no hubiéramos cedido a la petición de aquella chica, mi mirada y la de Abby es probable que jamás se hubieran cruzado.

Terminamos por sentarnos. Saray fue muy insistente y se empeñó en invitarnos a una copa, que yo rehusé pues ya me había tomado una, mi tope teniendo en cuenta que después tendría que conducir.

Por el contrario, Amanda, que daba la impresión de sentirse tan frustrada como una niña a la que le niegan sus juguetes, casi se la tomó de un trago.

En otras circunstancias, le hubiera advertido de las consecuencias de beber con tanta rapidez, pero en aquellas me importó un bledo. El quedarnos fue más cosa de ella que mía, y casi que no estaba muy conforme, craso error...

Cuando Abby apareció en escena, inundó todo el escenario. De repente, parecía como si estuviera más iluminado, cuando allí la única luz adicional era la de las tachuelas procedentes de su minúsculo tanga y sujetador.

Pensé que era una diosa del escenario, cualquier otro pensamiento habría sido absurdo; aquella chica, que debía rondar los veinticinco años, era lo más sugerente que jamás vieron mis ojos.

La sensualidad de su baile, unido a lo depurado de su técnica, hacían de ella el ser más elegante del mundo.

No tardé ni cinco segundos en que la sequedad de mi boca y lo ruidoso de la saliva que tragué me indicaran que me moría de sed; pero no de una sed que pudiera remediarse con un buen trago de agua, sino de otra que solo sus labios podrían apagar.

Si hubiera tenido que elegir un color en ese momento, habría dudado a tope entre el blanco de su piel, el amarillo de sus cabellos o el azul de sus ojos... Sus rasgos hacían que estuviera cantado; Abby no era española, lo que me llevó a imaginar cuál sería su acento.

Su danza, la más sugerente que pueda uno imaginarse, levantó la pasión entre los innumerables ojos curiosos que sobre ella se posaban.

No obstante, no me invento nada si digo que el azul de sus ojos buscó el verdor de los míos, porque una fuerte conexión surgió entre ambos.

Puede sonar a fantástico, pero no lo es. Por extraño que pueda parecer que una persona acostumbrada a bailar ante cientos de otras todas las noches se fije en una sola, en aquel club ocurrió.

La forma de pisar de Abby me cautivó sin remedio; aquellos altísimos tacones lo hacían tan fuerte que sus pisadas parecían retumbar por encima de la música.

Seguir desde ellos, en línea ascendente, supuso para mí todo un ritual; la perfección de sus rodillas, la dureza de sus bien torneados muslos, aquel vientre plano situado al sur de unos senos tan generosos y prominentes que se me antojaron como el fruto más prohibido del Jardín del Edén...

Ciertos contoneos son susceptibles de levantar ampollas, y esas fueron las que sentí en el corazón al no poder tocar lo aterciopelado de su piel, o seguir el movimiento de sus caderas hasta donde aquellas quisieran haberme llevado, o no descubrir cómo tocaban sus cuerdas vocales para mí.

Afortunadamente, Amanda no estaba demasiado pendiente de nada. El “lingotazo” que se había metido a toda prisa en el cuerpo le pasaba factura, y la sonrisa boba que se le quedó en la cara me indicaba que estaba un tanto atontolinada.

Fue lo mejor que pudo sucederme, porque cuando Abby se bajó del escenario y vino enflechada hacia mí con pasos felinos, sentí que solo deseaba que estuviéramos ella y yo en el mundo.

No esperaba ese gesto, aunque sí que lo deseaba con todo mi corazón. Sé que, por la forma en la que estoy describiendo la escena, puedo dar la impresión de ser un pardillo total, pero ella se fijó en mí lo mismo que yo en ella.

Las yemas de sus dedos rozaron mi cuello cuando ella lo rodeó con sus brazos, haciendo una especie de sentadilla en el aire para mí que arrancó el aplauso del resto de clientes, algunos de los cuales comenzaban a silbar.

El ambiente se estaba caldeando por momentos, de modo que ella, muy profesional, tuvo que dar su particular “vuelta al ruedo” contentando a todos por igual; hombres y mujeres.

No en vano, también fueron muchas las féminas a las que se les fueron los ojos hacia aquellos atributos de Abby, que brillaban por sí solos, con independencia de las pocas tachuelas que los recubrieran.

Cuando volvió a pasar por delante de mí, sentándose en mis pantalones, sentí que era más de lo que pudiese controlar y temí que la naturaleza se abriese camino por sí sola, sin poder disimular cuanto estaba aconteciendo en el interior de mi bragueta, donde el abultamiento era imparable.

—¿Cómo te llamas? —le susurré con unas ganas impresionantes de escuchar su voz, más diría, con una necesidad total de que me dedicara aquellas tres palabras.

—Me llamo Abby—me contestó y sí, pude constatar que la sugerencia de su voz hacía juego con la de su cuerpo.

Pero no fue eso solo lo que constaté, ya que la diosa de voluptuosas caderas también me pareció un ser vulnerable sobre mis rodillas. Por mucho que sus contoneos la elevasen al Olimpo, había algo en el fondo de sus ojos que se parecía más a una petición de socorro que a otra cosa.

—No te vayas Abby—le susurré nuevamente, pues aquellos segundos me estaban sabiendo a demasiado poco...

El ardor procedente de su cuerpo traspasó el mío, y ambos compartimos un momento que quedó marcado a fuego en mi piel.

Si digo que sentí frío cuando se levantó, no exagero. Y no hablo del frío propio de la bajada de unos cuantos grados en el aire acondicionado, sino más bien del frío procedente del interior, de esa congelación que proviene del alma cuando sientes que estás perdiendo algo que te pertenece.

¿Una locura? La mayor de todas, sí. Aquella noche sentí que nos pertenecíamos el uno al otro, como si nuestras almas ya hubiesen coincidido en otro momento, en otro lugar, en otras circunstancias...

Capítulo 5



Aquella fue una noche de insomnio. Amanda y yo llegamos a casa pasadas las cuatro de la madrugada, ella con cara de malas pulgas. No tuve demasiada suerte y el efecto de las copas se le pasó pronto.

—Vaya fracaso de noche. Si lo sé, andando te lo propongo—me recriminó otra vez mientras se desmaquillaba.

—Ha sido una experiencia y punto, ¿o es que por pelotas teníamos que hacerlo con cualquiera?

No la reconocía, ¡qué perra le había entrado con lo del dichoso intercambio!

—No, claro que no, sobre todo si no entraba en tus esquemas. Ese es tu problema, Rémy, que siempre has sido demasiado cuadrado.

—Habló la alegría de la huerta, Amanda no vayas por ahí que me estás buscando y me vas a encontrar.

—¿Te voy a encontrar yo a ti?

¿Sabes lo que creo que te pasa? Que ni siquiera me valoras por el hecho de no haberte dado hijos.

Yo, que andaba en una nubecita, con el recuerdo de Abby todavía en la cabeza, me di un carajazo de espanto.

—¿Se puede saber qué es lo que has dicho?

—Lo que has oído. Y no chistes al respecto, porque en el fondo sabes que tengo más razón que un santo.

—Amanda, yo jamás te culparía de una cosa así, no seas injusta. Vale que no sea el marido ideal para ti, pero de ahí a lo otro...

Joder, no me había sentido peor nunca, ¿cómo se le pudo ocurrir esa locura? Era verdad que

pasamos una temporada complicada cuando descubrimos que no podríamos tener hijos, pero los dos lo superamos como pudimos.

Yo no había detectado que ella, que era quien tenía el problema, se sentía fatal por ello. Una nueva espada de Damocles que pendía sobre un matrimonio que de por sí ya estaba sentenciado.

—Sí lo haces, en el fondo lo haces, como tus padres, como todos...

Se echó a llorar y la acurruqué.

—Ey, ey, no vuelvas a decir una cosa así nunca, ¿me oyes? Es verdad que las cosas están regular entre nosotros, pero yo jamás te he culpado por nada.

—Y tan regular, como que quiero el divorcio, Rémy—me soltó a bocajarro.

—¿El divorcio, Amanda? —Parecía mentira que yo fuera juez, porque la palabra como que me vino un poco grande.

—Sí, el divorcio, ¿cuánto tiempo más vamos a seguir fingiendo que no pasa nada entre nosotros?

—Cuando la realidad es esa; que no pasa nada, pero nada de nada, ¿no?

Besé su frente, habían sido muchos años y, aunque si era objetivo lo que me proponía era la mejor salida para nuestro tocado matrimonio, había que asimilarlo.

—Nada de nada, Rémy. Lo de esta noche ha sido un último y burdo intento por reavivarlo, pero es imposible. Hoy he comprobado con mis propios ojos que está muerto, que es imposible que ya nos pongamos de acuerdo en nada. Perdona por lo que te he dicho de los hijos, sé que tú no eres así, pero es que hasta a eso he preferido echarle la culpa antes de reconocer que...

—Que las cosas ya no van porque es imposible que vayan, ¿no es eso?

—Exacto, creo que será mejor que lleguemos a un acuerdo y que se lo contemos a nuestras familias, ¿te imaginas el revuelo?

Consiguió sacarme la sonrisa, cosa que hacía semanas que no pasaba entre nosotros. Cierto que nuestros padres pondrían el grito en el cielo cuando se enteraran, pero en esta ocasión darían en hueso duro.

Nosotros ya no éramos aquellos jovencitos que un día se dejaron influenciar para casarse; éramos dos adultos, cada uno con ganas de iniciar unas nuevas vidas a las que llegara por fin la felicidad que tanto ansiábamos... Una felicidad que nada tenía que ver con lo material, que de eso nos sobraba.

Dormimos por última vez abrazados, como dos amigos, sabiendo que no había nada más que

cariño entre nosotros, que la pasión cogió las maletas un buen día y salió andando, que lo nuestro no tenía remedio...

Todo fue muy cortés y amigable durante nuestro divorcio. Amanda y yo conseguimos recuperar el *feeling* de muchos años atrás en el momento de la despedida y nos deseamos lo mejor.

Durante mi primer mes en solitario, no hubo hora de ningún día que no pensara en Abby, cuyo recuerdo ponía a mi corazón a latir más allá de los límites recomendados.

—Tendrías que ir a buscarla una noche—me recomendó mi primo Guille, que era fiscal, otro que había seguido las directrices de la saga familiar a pies juntillas.

—No digas sandeces, ¿tú sabes lo que pensaría de mí? Si te parece me planto delante del club en un caballo y digo que he ido a rescatar a la princesa Abby.

—No, pero ir a ver si sigue trabajando allí no sería tan descabellado.

—¿De verdad lo piensas, Guille?

No creas que no he estado tentado en más de una ocasión, por más que parezca sarcástico cuando sale el tema.

—Rémy, si no hay más que verte.

Yo no sé qué tipo de danza fue la que te bailó esa mujer, pero a ti te ha dejado que ni que estuvieras empastillado perdido.

—Bonita manera de definirlo, ¿y eso es bueno? Porque según lo cuentas tú, casi debería encarcelarla por ello.

Encarcelarla... Si yo fuera el carcelero de Abby, me encerraría con ella y tiraría la llave muy lejos.

Aquella conversación con mi primo terminó por convencerme de que tenía que dar con ella. Y allí, en ese momento, comenzó mi calvario, porque lo que en principio debería ser una misión fácil, se convirtió en una totalmente imposible.

—Abby ya no trabaja aquí—me comentó Saray aquella misma noche cuando fui a buscarla.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres semanas, pero no puedo decirte nada más. —La chica parecía muy incómoda.

—Perdona, quizás debería volver en otro momento y charlamos más tranquilos, ¿quizás mañana antes de la apertura?

—No insistas por favor.

—No quiero asustarte, yo soy juez, tranquila. —No fue precisamente tranquilidad la que detecté en sus ojos.

—Pues será la orden de uno de tus colegas la que necesites si quieres saber más. —Se mostró tajante.

Capítulo 6



Se la había tragado la tierra, a Abby se la había tragado la tierra. Esa fue la conclusión a la que llegué después de un largo y estéril peregrinar, pues hice lo posible y lo imposible para dar con su paradero.

Finalmente, y gracias a un contacto de mi primo Guille, logré dar con el contrato de trabajo que en su día firmó con el local en cuestión.

Estaba loco por ver los documentos que lo acompañaban, aquellos que acreditaran la identidad de la chica que llevaba semanas robándome el sueño.

Sé que lo que estoy contando puede parecer muy extraño. Solo la había visto unos minutos en mi vida, solo susurró para mí tres palabras, solo sentí su cuerpo sobre mis piernas unos instantes, pero fue suficiente para quedar cautivo de sus encantos.

Mi gozo a un pozo, cuando los documentos de la chica de mis sueños cayeron en mis manos tuve que rendirme a la evidencia.

—Son más falsos que Judas, ¿verdad? —le pregunté a Samu, el contacto de mi primo.

—Me has ahorrado el tener que darte la mala noticia, Rémy. No tengo ni idea de qué te unirás a esta chica, pero yo de ti evitaría problemas y me olvidaría por completo de ella.

Qué fácil es hablar en ciertas circunstancias. Si él estuviera en mi pellejo entendería mi lucha interior, las ganas de hablar con ella, el deseo de saber de su historia, de cómo llegó hasta nuestro país, de qué circunstancias eran las que la tenían en el mundo de la noche.

—Te agradezco el consejo, Samu. ¿Algo más que tu intuición pueda decirme? Cualquier información me vale.

—Yo diría, por su fisionomía, que esta chica es de algún país de Europa del Este, quizás sea bielorrusa o moldava, pero no podría decirte mucho más.

—Entiendo, ¿y qué la llevaría a tener una identidad falsa?

—Probablemente llegara a España de la mano de alguna mafia, lo mismo está en deuda con alguien y se endeudara todavía más consiguiendo una nueva identidad. Lo que sí puedo asegurarte es que el tema no me huele nada bien, y ya sabes eso de que la mierda, cuanto más se remueve más huele, por lo que la cosa no tiene visos de mejora.

—Joder, pues sí que me lo estás pintando bonito.

—Rémy, es lo que hay. Tú eres un hombre de mundo como yo, y sabes que ciertas señales apuntan únicamente para un lado. Me gustaría ayudarte más, pero es que en estos documentos no se dice una verdad ni por equivocación, créeme, que de eso sí que estoy seguro.

Había documentación falsa, y después estaba la que le habían proporcionado a Abby, que daba el cante a un kilómetro de distancia. Semejante chapuza solo me cuadraba en alguien que pasara en su día por verdaderos apuros económicos y no pudiera conseguir nada mejor.

Lo que descubrí tras aquellos papeles me inquietó lo suficiente para hacer algo que en otras circunstancias no se me hubiera ocurrido en la vida; contraté a un detective privado.

¿De película? Pues será eso de que a veces la realidad supera con creces a la ficción, y se veía que estábamos ante una de esas veces.

Si poco alentadoras habían sido las primeras noticias que recibí, menos lo fueron todavía las que me llegaron del detective; no había ni rastro de Abby por cielo ni tierra.

La infructuosa búsqueda me produjo un enorme desasosiego, pero semanas después de comenzarla llegué a la conclusión de que me habían patinado las neuronas y de que era un despropósito total.

Con esa idea en la mente, me propuse olvidarme de Abby y seguir con mi vida como si ella jamás se hubiese cruzado en mi camino. Intenté pensar en ella como en la protagonista del más sugerente de los sueños que jamás tuve, pero poco más.

No voy a decir que lograra zafarme de su imagen, y juro que más de una vez tuve la dicha de hacer su cuerpo mío en sueños... Unos sueños húmedos que daban paso después al más doloroso de los vacíos, cuando me despertaba y tomaba conciencia de que nada de lo vivido era realidad.

“Me llamo Abby” resonaba en todos y cada uno de ellos, y esas tres palabras me perseguían en los días siguientes a las noches que tenía la fortuna de soñar con ella.

Dos años habían pasado desde entonces, dos años en los que el amor no volvió a llamar a mi puerta. Las que sí lo hicieron fueron algunas amigas que se convirtieron en mis compañeras de cama, a veces de forma habitual y otras veces más puntuales en el tiempo...Nancy, Carmen, Julia, Virginia...ninguna me dejó huella, ninguna osó ni mínimamente hacerle sombra al

recuerdo de Abby.

No me da vergüenza reconocer que incluso llegué a tratar la que consideré una obsesión por ella con un psicólogo, pero nada de lo que me dijo calmó esa sed que comenzó la noche que la conocí y que no podía ser calmada en ninguna circunstancia.

Aquella mañana había quedado con Guille, él por fin se casaba con Rosa, su novia de toda la vida. Cada vez que escuchaba su nombre me recordaba inevitablemente a aquella otra que se nos presentó a Amanda y a mí en el club en el que conocí a Abby.

Todo terminaba llevándome a ella.

Abby, sin tener la más mínima idea de ello, había hecho de mi vida una búsqueda constante, pues no moví un dedo más por dar con ella (ya que habría peligrado mi salud mental), pero mi cabeza siempre la tenía presente.

—Así que por fin te has decidido a dar el paso, primo, ya era hora, felicidades—le dije mientras lo abrazaba.

—Ya iba tocando, que la niña me dio un ultimátum, y no es plan de perder a la mujer de mi vida por la tontería de no querer ponerle un anillo en el dedo.

—Claro que no, primo. De hecho, yo te diría que lo tenías que haber hecho antes, que demasiado te has arriesgado.

—No te pases, que tampoco quería correr tanto. Ahora sí que tengo la certeza de conocerla, ya ha pasado el tiempo suficiente.

—¿El tiempo suficiente? Para mí que sí, ¿cuántos lleváis juntos, mil años?

—Tres mil, llevamos tres mil, anda ya cenutrio, doce añitos de nada.

Menos mal que eran de nada, que si llegan a ser de mucho...

—Oye, pero tus ojos no se casan, es solo el resto del cuerpo, ¿no? Porque menudo marcaje el que le estás haciendo a aquella chica.

—Joder, Rémy, que mirar no es pecado y es que la tía está tremenda, ¿tú has visto ese culo?

—¿Y tú no sabes que a las mujeres a lo primero que hay que mirarles es a los ojos? —Se lo dije en broma, que tampoco era yo ningún santo para ir dándole lecciones.

—Pues los ojos también los tiene preciosos, vaya azul, es lo nunca visto...

—No, no eran lo nunca visto. Yo sí que los vi antes, concretamente dos años antes, porque la dueña de aquella azulada mirada no era otra que Abby.

Capítulo 7



Siempre había pensado que, si la vida me daba la oportunidad de encontrármela en alguna ocasión, correría hacia ella, la abrazaría y le suplicaría en el oído que me diera la oportunidad de conocerla y de demostrarle que era un buen tipo, pero entre los pensamientos y la ficción media a veces un abismo.

—Rémy, ¿estás bien? —La taza de café resbaló de mi mano y, cuando quise darme cuenta, noté aquel intenso calor en las espinillas.

—¡Diosssssssssss!

—chillé pues, aunque solo fueron salpicones dolía lo suyo.

—¡Joder, Rémy! ¿Te has quemado? Y

me has puesto hecho un Cristo.

Guille se echó hacia detrás y un camarero llegó raudo y veloz hacia la mesa.

—Señor, ¿está bien? Madre mía la que se ha armado aquí, pero no se preocupe, ¿eh? Que esto lo recojo yo en un periquete.

—¡Apártese, por favor! —Le pedí dando un salto mientras mis ojos buscaban a Abby.

—Pero señor, ¿le he molestado?

Solo quería ayudar...

—No, no es eso...Solo es que, ¿dónde está la chica?

Estaba fuera de mí, la tensión era tal que las manos se me agarrotaron, ¿se podía ser más necio? La había perdido de vista con aquella torpeza.

—¿Qué chica? No sé a quién se refiere, señor.

—A la chica rubia con los ojos azules que estaba hace un momento justo ahí, llevándose el pan. —Le señalé a la zona de panadería.

—No tengo ni idea de quién era, uno es que imagínese, está a los cafés, pendiente de todas las mesas y no se le puede ir la vista a las chavalas, que después ocurren los accidentes.

Encima con retintín, o sea que yo había causado uno por culpa de tener los ojos donde no debía. La gente es a veces la leche, pero tampoco podía culparlo ¿qué sabía él de la agonía que pasé por esa delicada muñeca que me había parecido todavía más bonita que la primera vez que la vi?

Di un salto y dejé a aquel mentecato con la palabra en la boca.

—¿Dónde vas, Rémy?

—Guille era Abby, te digo que era Abby.

—¿La chica de los ojos azules era Abby?

—Sí, que no estoy loco, que era ella, corre...

Se puso de un salto de pie y vino tras de mí.

—Yo miraré por esa calle—me señaló a la de la derecha—, hazlo tú por aquella otra. —Yo tiré hacia la izquierda.

Si las espinillas me dolían por la quemazón, no digamos ya lo que me dolió el alma al comprobar que, una vez más, se la acababa de tragar la tierra.

—¡Maldita sea! —chillé cuando volví a reunirme con él.

—Tranquilo, Rémy, que vas a hiperventilar y voy a tener que buscarte una bolsita, relájate un poco.

Me importó una mierda que el que llevase puesto fuera un traje Hugo Boss de más de mil pavos, porque solo me faltó revolcarme con él por el suelo. De buena gana, habría pataleado, pero me conformé con sentarme y hundir la cabeza entre las piernas, tapándome con los brazos.

—Mírale la parte buena, ahora ya sabes que está aquí en Madrid, durante todo este tiempo has imaginado que pudiera estar en cualquier punto de Europa y ahora tienes la certeza de que no es así.

Te prometo que vamos a dar con ella, es imposible que esté muy lejos.

—Sí, en eso tienes razón. Voy a dar con ella, aunque tenga que hacer guardia perennemente en esta cafetería, palabra.

—Claro que sí, hombre. Y si hace falta, nos pedimos una excedencia los dos para turnarnos, pero con ella damos.

Mi primo era muy salado. Me imaginé firmando los documentos al respecto “se trata de una excedencia por motivos personales, en concreto, por búsqueda de estríper que conocí hace dos años cuando fui a un local de intercambio de parejas con la que entonces era mi mujer para intentar salvar un matrimonio que hacía aguas”.

Ignoro si me habrían concedido la excedencia o no, pero lo que sí es cierto que mi solicitud la hubieran enmarcado. Y en el caso de mi primo, que todavía le quedaba más lejos el tema, aún más.

Seguía con las manos agarrotadas y no pude reprimir las lágrimas de ira que salieron de mis ojos, a pesar de que mi primo me hizo reír con su disparatado comentario.

—Gracias, Guille. Sí, ahora sé que hay esperanza. Lo que pasa es que la he tenido tan cerca, tanto que me jode...

—No digas ni una palabra más. Si la has tenido tan cerca es porque el destino ha querido que os crucéis nuevamente, tómallo como la gran oportunidad de tu vida y no le des más vueltas.

No puede haber ido demasiado lejos, solo que habrá apretado el paso y tirado por alguna de aquellas callejuelas...

En la que estábamos formaba parte de un entramado de calles y sí, nos fue imposible peinar toda la zona en tan poco tiempo. Bastó con que entráramos en alguna, para que ella tirara por otra.

—Sí, porque te aseguro que era ella, yo no estoy loco.

—Y yo no lo pongo en duda. Eres muy buen fisionomista y sé que nunca se te olvida una cara, cuanto y más...

—Cuanto y más la de la mujer por la que no he podido volver a sentar cabeza, ¿no?

Capítulo 8



Los siguientes días fueron una maldición. Por más que acudí a aquella cafetería a la misma hora en la que la vi, me fue imposible.

Las pesadillas llegaron a mis noches. Soñaba que la tenía delante, que la llamaba y que ella se volvía sonriéndome. Entonces, yo también le sonreía y cuando creía que por fin podría hablarle, ella se desintegraba ante mis afligidos ojos, que la veían convertida en un millón de minúsculos pedacitos.

Tan dantesca visión hacía que me despertase a medianoche y que no hubiera rebaño de ovejas que contar que pudiese enmendar aquello.

Tenía que dar con ella. Volví a pensar en la posibilidad de contratar a un detective, pero tampoco tenía ganas de revivir el tormento de dos años atrás, cuando me pasaba el día esperando por su parte unas buenas noticias que jamás llegaron.

También, a pesar de que tenía la certeza absoluta, debía autoconvencerme a cada minuto de que era Abby, de que no estaba confundido, de que el ángel rubio que compraba el pan iluminando la cafetería con sus dos faros azules era el mismo que me elevó hasta el cielo en aquel selecto local.

Cerraba los ojos y la veía con aquel vestido camisero a cuadros blancos y negros, conversando con la chica que la despachó. Sus cuñas negras en los pies, las gafas de sol sobre el pelo, que llevaba recogido en un moño bajo.

Eso de que la elegancia no se compra ni se vende era la mayor verdad del mundo.

Guille me llamaba a menudo.

—¿Sigues sin dar con ella? ¿Y es posible que en la cafetería no la conociese nadie? Joder, Rémy, no quiero que te lo tomes a mal, pero un bombón como ese no es fácil que pase desapercibido.

—No lo es, no. Pero no han sabido darme norte, piensa que tampoco tengo ni una mísera foto que enseñarles, que allí hay personal para parar el tren y que cada día pasan cientos de clientes.

—¿Y tú sigues yendo todos los días?

—Todos los días a la misma hora, y con nulos resultados. Voy a tener que volver al psicólogo, me paso las noches en blanco.

—Esto es un jodido rompecabezas, tío, pero vas a dar con ella. Estoy completamente seguro de lo que digo.

—Ya, y yo estoy completamente seguro de que necesito que este enigma se resuelva pronto o voy a acabar cazando moscas.

—Sí, sería para verte. Oye, que al menos tienes que mantenerte cuerdo hasta mi boda, ¿eh? Que con el mimo que la está preparando Rosa como para que nos regales allí una escenita, así en plan con la baba caída y nosotros teniendo que llamar al centro de salud mental.

—Sí, eso sería lo único que me faltase ya...

—Llama a alguna de las chicas, desahógate un poco, no me negarás que eso ayuda a pensar con mayor claridad.

—Tampoco me apetece y mira que me lo paso bien, sobre todo con Virginia, que es con la que he tenido más *feeling* sexual en los últimos tiempos, pero no me apetece.

—Dale una alegría al cuerpo, primo, no te autoflageles. Estás haciendo todo lo humanamente posible por dar con una mujer de la que ni siquiera sabes si... Perdona que creo que estoy hablando de más.

—No, no, termina de decirlo, si es que tienes toda la razón; por una mujer de la que no sé absolutamente nada y que podría mandarme a paseo a la primera de cambio, ¿no es eso?

—A ver, yo siempre te he animado a que des con ella y lo sabes, pero también hemos de ser realistas; tienes que estar preparado para cualquier cosa.

—Pero yo sé lo que vi aquella noche, Guille, lo sentimos los dos, no fui yo solo...

—Y yo nunca te lo he negado, pero desde entonces han pasado ya dos años y ha llovido mucho.

—Lo que se traduce en que...

—En que no le des más vueltas. Tú sigue buscando, como dice mi madre los problemas hay que afrontarlos de uno en uno, con todos a la vez no podemos.

En eso tenía razón mi primo, con pensar en dar con ella ya tenía yo bastante. Lo de hacer que después se quedara conmigo sería la siguiente batalla, pero no podía adelantar acontecimientos.

Cielos, ¿qué le diría cuando la tuviera delante? Muchas veces lo pensaba, soñando despierto con ello.

Debería ser algo del estilo de “¿Te acuerdas de mí? Porque yo no he podido dejar de acordarme de ti desde el día que te vi en aquel local...”

Cielos porque tenía que acordarse, ¿verdad? Vale que eran muchos los clientes que ella habría visto, pero yo tuve que ser especial, tuve que serlo... ¿Seguiría trabajando en la noche?

Solo de pensarlo, solo de imaginarme los ojos libidinosos de todos aquellos hombres posados noche tras noche en su aterciopelada piel desnuda, se me iba la cabeza.

Imposible pensar con claridad, imposible seguir mi día a día sin quitarle un poco de tensión al asunto. En cuanto le colgué a Guille, seguí su consejo y marqué un número de teléfono.

—¿Virginia?

—Rémy, bombón, ¿se puede saber dónde te metes? Creí que no volvería a saber de ti.

—Perdona, tienes razón, ¿te apetecería que nos viéramos esta noche?

Capítulo 9



Virginia y yo funcionábamos muy bien en la cama, negar la mayor habría sido absurdo.

Desde que lo dejé con Amanda, llegó mi liberación en el sexo y, sin querer dárme las de un Grey, puedo afirmar que puse en marcha la mayoría de las fantasías que siempre pasaron por mi cabeza.

También soy sincero si digo que, cada una de las veces que me acosté con esas chicas, hubiera dado un brazo porque fuera Abby quien se encontrara entre ellos, porque fueran sus uñas las que dejaran sus marcas en mi piel, porque fueran sus gemidos los que ensordecieran mis oídos.

Era viernes y teníamos toda la noche por delante. Virginia llegó media hora después de la hora que acordamos, ella era así.

—Creía que ya no vendrías—le indiqué con un guiño mientras ella se mordía el labio inferior y sujetaba con fuerza mi mentón con su mano.

—¿Todavía no se ha enterado su señoría de que lo bueno se hace esperar siempre?

—Tienes razón, ¿una copa?

Aquello no iba de cenas románticas, aquello iba de dos adultos que sabían que estaban en la obligación de devorarse porque así lo hacían cada vez que se veían.

Esa pizpireta y pelirroja abogada, cuyos ojos competían en verdor con los míos, no solía andarse por las ramas.

Como imaginé al verla con aquella primaveral gabardina, bajo ella solo había un conjunto de ropa interior en intenso malva que contrastaba con el blanco de su piel.

Ese era el único punto de conexión entre Virginia y Abby, la blancura, pero mejor no pensar en tales cosas.

En el hilo musical sonaba la banda sonora de *“Pretty Woman”*, concretamente el piano que acompañaba a la escena del vestido de cóctel, que ella no tardó en identificar.

—Espero que eso no sea una indirecta—aludió a lo controvertido de la peli...

—Jamás, es solo que es deliciosa, ya lo sabes. —Sí que lo era, las sutiles notas de ese piano me conmovían.

—¿Tan deliciosa como yo? —me preguntó lujuriosa.

—No me tires de la lengua, Virginia...

No era yo un hombre de demasiadas palabras en la cama, al menos no mientras el sexo no fuera acompañado de sentimiento alguno, como era el caso.

Avancé hacia ella y comprobé que estaba juguetona, algo que me hizo arder por dentro.

—Estese quieto, señorita, y ya luego podrá emitir su veredicto.

Virginia se sentó en la silla que acompañaba el escritorio de mi dormitorio y, tras despojarse lentamente de los pocos centímetros de delicada tela que recubrían su piel, me regaló un cruzado de piernas a lo Sharon Stone en *“Instinto Básico”* que le hubiera provocado taquicardia a un muerto.

—Veo que tienes ganas de jugar, yo también...

Sin embargo, no me permitió acercarme más de lo que tenía en mente.

—¡Levante las manos, señorita!

Me hizo gracia el tono tan autoritario en el que me lo ordenó, y le seguí el juego.

—¿Contenta?

—Psss, si sigue mis instrucciones, quizás llegue a estarlo.

Los veintisiete añitos de aquella bonita azafata de congresos sabían más de lo que les habían enseñado.

—Soy todo tuyo...

Conocedor de cual era *“la especialidad de la casa”* no me sorprendió que mi bragueta fuera su punto de mira, ni que sus dedos corrieran a descorrer mi cinturón y a liberar mi miembro del interior de mis gayumbos.

Todavía mis pantalones no habían rozado la tarima del suelo cuando la pelirroja se hizo con él y, con cara de niña mala, comenzó a lamerlo como si fuera su helado preferido, ese que llevara días deseando degustar.

Tuve que tragar saliva una y mil veces para dejarme hacer sin intervenir, pero sabía que merecería la pena, a juzgar por su cara y por las ganas que tenía de hacer lo que estaba haciendo.

—¿Tranquila ya? —le pregunté cuando sus ojos, que buscaban los míos incesantemente, me dijeron que se había saciado.

—Digamos que no ha estado mal como aperitivo, es que he venido sin cenar, ¿sabes?

—Ya, ya, y qué poco romántico yo que no te he preparado una mesa con velas, ¿no?

Jugábamos en la misma liga, nos encantaba picarnos.

—No es romanticismo lo que busco en ti y lo sabes, para eso tengo a Rudy.

Rudy era su novio. Eh, que yo no tenía nada que ver en eso. Virginia y yo coincidimos en un evento y, a partir de ahí, comenzamos a acostarnos.

Un buen día, después de haber pasado por mi cama un montón de veces, me comentó que tenía novio, pero como yo no buscaba más que sexo en ella, no fue ningún problema.

—¿Y crees que él aprobaría esto que estás haciendo?

Ya sabía yo que, cuando lo mencionaba, era porque le daba morbo que la reprendiera en ese sentido.

—Es que no sé lo que me pasa, creo que soy una niña muy mala...

—¿Una niña muy mala? —Hice que se levantara y sujeté sus manos en la frontera entre su espalda y su trasero.

—Muy, pero que muy mala...—Fue lo último que escuché, una invitación a que entrara en ella de un modo abrupto, sin preámbulos, como le gustaba.

No había terminado de decirlo cuando logró su propósito; tan húmeda como estaba no tuve más que asomarme a su sexo para que mi miembro resbalara hacia su interior.

A partir de ahí, ¿qué os voy a contar? Se desató la locura y sus gritos para que la penetrara cada vez más fuerte hubieron de ser sofocados por mi brazo primero y por mi almohada después cuando, sin salir de ella, la conduje hasta la cama.

Era tal su ímpetu que, de haber dejado que estos sonaran, los vecinos habrían llamado a los bomberos, pensando que nos estaríamos quemando. Y algo de cierto sí que había en ello, porque la temperatura se elevaba más y más por minutos...

Capítulo 10



—Ey, ¿podemos repetir la función de anoche? —me preguntó Virginia en cuanto abrió los ojos.

No las tenía yo todas conmigo porque, cuando se cerró el telón, me jodió sobremanera comprobar que la protagonista de tan eróticas escenas no era la que yo hubiese querido.

—Será mejor que dejemos la grabación para otro día, hoy tengo cosas que hacer.

—Qué arisco, yo creía que una niña buena como yo se merecería jugar también por la mañana.

—¿A qué carta quedamos? Anoche eras una chica mala, hoy amanece siendo buena, buena pieza es lo que estás tú hecha, anda...

—Mira quién fue a hablar... No me tires de la lengua tú tampoco, Rémy. Venga, me iré pues, ¿nos vemos otro día?

—Claro...—Lo dejé en suspenso tampoco tenía demasiada claridad mental, todo sea dicho de paso.

—Me pego una ducha y me voy, ¿ok?

—Me plantó un beso en los morros.

—Tampoco tienes que salir volando, puedes tomarte un café.

—No te preocupes, hace un día precioso, me lo tomaré en la calle.

—¿Sola y con tu gabardina? —le pregunté.

A ella le sobraban tablas para eso y para más, así que me la imaginé en plena terraza, saboreando su humeante taza mientras se reía para sus adentros pensando en lo morboso de lo que escondía.

—¿Y con qué mejor compañía?

Ni siquiera aludió a su novio, que ese debía tener más de pagafantas que de pareja real.

—Nada, nada, tú sabrás, encanto...

Una vez se hubo marchado, traté de contrarrestar aquellos sentimientos. Era inevitable; desde que vi a Abby en aquella cafetería, me retrotraje a dos años atrás y, todas aquellas sensaciones que yacían adormiladas en mi interior se habían despertado con una intensidad tal que me costaba muchísimo poder dominarlas.

Me vestí con pereza, bueno con pereza y con unas bermudas en tono arena y camiseta blanca. Me calcé mis deportivas más cómodas y me dispuse a dirigirme a esa cafetería en la que volvió a ocurrir todo y en la que comenzaba a perder las esperanzas de volver a verla.

Me senté en aquella cómoda silla y miré mis piernas. Todavía eran visibles en ellas las huellas de las salpicaduras del café de días atrás. Suerte que llevaba traje, o me hubiera formado un buen cisco, pero no fueron más que unas quemaduras superficiales que dejaron de doler enseguida.

Lo que no dejaba de doler, por el contrario, era la imposibilidad de dar con Abby.

Abrí mi Face y vi que Rosa había etiquetado a Guille en unos textos alusivos a las despedidas de solteros de ambos.

Cuánto me alegraba por él, que estaba viviendo esos días con especial ilusión. Yo no disfruté con Amanda de ello como hubiera debido. Primero, porque éramos muy jóvenes y segundo, porque ya no estábamos tan enamorados cuando nos casamos.

—¿Rémy? —Escuché que me preguntaban.

Levanté los ojos del móvil y vi a mi amigo Julián, con el que hacía una eternidad que no coincidía.

—Pero Julián, macho, ¿dónde te metes?

—Joder, tío, es que desde que nació la niña apenas salgo, ya sabes, las responsabilidades de padre.

Dicho así, no es que pareciera la panacea, pero yo a Julián lo envidiaba de una manera sana, porque estaba loquito por Diana, su mujer, y la llegada de Dianita es que había terminado de ocupar su corazón.

En el fondo, ¿no era lo que queríamos todos? Amar a una persona hasta quedar sin aliento. Sabía que muchos no entenderían mi relación con Abby, en el caso de que alguna vez la diosa Fortuna me favoreciera y lo lograra, pero eso no era algo que me importase lo más mínimo.

En el mundo tan estirado en el que yo me movía a nivel profesional, que estuviera con una estríper me convertiría en la comidilla de todo Madrid en tiempo récord, pero no os voy a decir qué parte del cuerpo me limpiaría yo con todo eso.

—Lo supongo amigo, ya estará hecha una muchacha, ¿no?

—Ya te digo, la semana que viene cumple un año, como te lo digo. Por cierto, ¿por qué no te vienes?

—¿Al cumpleaños de tu niña? No te lo tomes a mal, pero como que no me veo yo en un parque de bolas de esos.

—Que no, hombre, lo celebramos en casa. Y como Diana y yo tenemos ahora menos vida social que las monjas de clausura, hemos pensado en dar luego unas copas para los amigos, más tarde.

—Ok, a esas copas me apunto, ¿sigues viviendo en el mismo sitio?

—No, ahora nos hemos mudado a esta zona. Ya sabes, es más céntrica y pensamos que nos venía mejor, porque queremos llevar a la niña al cole este trilingüe que han abierto a un par de calles de aquí.

—Sí, algo he escuchado a mis compañeros, pero no me hagas mucho caso...

Quedé con Julián en eso, y me quedé pagando mi café con tostada cuando él se fue.

Salía ya por la puerta cuando el corazón se me puso a mil, tan a mil que sentí que si no me daba un infarto era de milagro.

—Perdona, yo te conozco, eres Abby. —Había ensayado muchas veces lo que le diría cuando la viese, pero lógico que improvisé. No hay guion posible cuando el corazón te da botes en el pecho.

Mi sorpresa fue total.

—Creo que te equivocas—murmuró esquiva.

—No, no me equivoco. Te recuerdo perfectamente y, ¿sabes por qué? Porque reconocería esos ojos entre un millón de pares más.

Mierda, ¿iba a quedar como un obseso? Tenía todas las papeletas, porque observé el estupor en su cara.

—Te digo que creo que te confundes. Y ahora perdóname, pero es que tengo que comprar el pan.

A punto estuve de retenerla por el brazo, a punto estuve de cagarla todavía más y confesarle

que llevaba dos interminables años soñando con ella, que la había buscado por cielo y tierra que, por alguna razón, la sentía mía.

Me negué a moverme de la puerta y, cuando ella salió, volví a detectar el miedo en sus ojos, ¿me temía a mí?

Capítulo 11



Ese pensamiento se instaló en mi casa, en mi cama y en mi cabeza durante todo el fin de semana.

No, no podía ser que me temiera a mí. Pese a que le resultara un tanto surrealista que la abordara así, tampoco tenía motivos para temerme.

¿A qué le temía Abby? Además, también tenía como argumento a mi favor que yo ya vi la petición de socorro en sus ojos la noche que bailó para mí.

Sé que puede sonar tremendamente pretencioso eso de que “bailara para mí” cuando lo cierto es que lo hizo para todos, pero yo lo seguía sintiendo así.

No conseguí sacarle ni una palabra más cuando pasó por mi lado. Ni un mísero “hasta luego”. ¿Por qué me había mentido? ¿Por qué decía que no era Abby?

Aunque Abby no fuese su nombre real, que eso era obvio, ella sabía muy bien a lo que me refería; yo la había reconocido y por Dios que ponía la mano en el fuego porque ella también me reconoció.

¿Nuevamente pretencioso por pensar eso? No, ella me reconoció; lo sabía, en el fondo de mi corazón lo sabía.

Moría de ganas por volver a verla, literalmente moría. Ahora ya tenía algo a mi favor. Y no algo, sino el dato estrella, la madre de todos los datos; sabía el edificio en el que vivía.

Sí, las cosas no debían irle mal porque vivía en el edificio contiguo al de la cafetería, totalmente céntrico.

Por esa razón no la encontramos Guille y yo aquella mañana, porque cuando salimos a la calle ella ya se había metido en su portal.

No podía pasarme todo el fin de semana así, sería un despropósito y el lunes llegaría a los juzgados con los ojos como un mapache, de las ojeras.

La mañana del domingo me dispuse a hacer mis pesquisas. Esperé apostado en el portal a que saliera un vecino y entré en él en cuanto me sujetó la puerta para que lo hiciera.

Eché una ojeada a todos los buzones y en ninguno vi un nombre extranjero. Vale que Abby no fuera su nombre, pero tampoco creía yo que, con sus facciones, fuera a llamarse Rocío o Triana, vaya...

Mientras los miraba uno por uno, tampoco podía quitarme de la cabeza su indumentaria del día anterior, con aquella cómoda falda larga en color caldera y sus cuñas, rematados por aquella camisa estampada.

Cada vez que la veía, cada vez que tenía una imagen más suya que añadir a mi colección, me enamoraba más de ella.

—Perdone, ¿sabe por casualidad en qué piso vive una chiquita rubia con ojos azules con acento extranjero? —le pregunté a una anciana que salía, apoyada en su bastón.

—No sabría decirte, hijo, pero no caigo. ¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—No lo sé, no puedo decirle.

—Es que hace tiempo que no llegan vecinos nuevos. Aquí somos pocos vecinos, más o menos los de siempre.

Un enigma todavía mayor, ¿los de siempre? Por bien que le hubieran ido las cosas a Abby no la veía yo comprando o alquilando un piso en aquella lujosa finca muchos años atrás.

La señora no me sirvió de mucha ayuda, pero dada su avanzada edad, puede que la abuelita no estuviese del todo en sus cabales.

Me había pasado más de una vez en los juicios. De hecho, una de las anécdotas más curiosas de mi carrera se produjo con un ancianito de quien nadie me advirtió que tuviera la cabeza un tanto ida.

Resulta que el hombre había sido el único testigo de un accidente de tráfico que acabó con unas lesiones graves, pues un coche arrolló a una moto y el conductor de esta salió volando. Como el pobre chaval no era Superman, se dio una leche de cuidado cuando aterrizó.

Yo estaba interrogando al anciano, que en principio parecía contestar a mis preguntas con absoluta coherencia, cuando se desató el lío.

—¿Podría usted señalarme al hombre que conducía el vehículo que arrolló a la motocicleta? —le pregunté.

—Sí, hombre, si fuiste tú mismo, Paquito. Y mira que tu madre te lo advirtió veces, que

cuidadito con las motos cuando te sacaras el carné, pero es que siempre tuviste la cabeza a pájaros, hijo mío.

El hombre se formó un cacao de cuidado en la cabeza y me confundió con su propio hijo, al que de paso le quería leer la cartilla por su temerario comportamiento, todo un show.

En definitiva, que igual la vecina de Abby estaba harta de encontrársela a cada momento y ni la recordaba.

Pensaba en ello cuando el ascensor se abrió y la vi salir de él.

Cielos... sus andares eran absolutamente cautivadores. No quise asustarla, ¿qué habría pensado de ver al mismo “loco” del día anterior espiando en el interior de su bloque?

Aprovechando que ella miraba al frente, me eché a un lado y me quité de su vista. Por lo que pude ver, la que ese día vestía un mono kaki que combinaba con unos botines primaverales de esos calados en camel y bolso en el mismo color, no tenía intención de comprar el pan, como en otras ocasiones.

Cuando salió del portal, la seguí con disimulo. No sé cuántos hombres pudieron piroppearla por el camino y, la mayoría de los que no lo hicieron, al menos se la quedaron mirando con total admiración.

Tampoco sé cuántos puñetazos hubiera repartido yo por ese mismo camino, porque me jodía una barbaridad que tuvieran ese comportamiento con ella; que la miraran, que la desearan, que se la comieran con los ojos...

Capítulo 12



Cada vez estaba más liado, como la pata de un romano.

Guille me llamó por la tarde para jugar un partido de pádel y, aunque tuve que hacer un soberano esfuerzo para levantarme e ir, lo hice. No podía dejar de vivir por ella, por mucho que hacerlo sin ella, vivir sin Abby, me costara.

—Pero entonces, ¿qué fue lo que viste? —me preguntó él cuando nos fuimos a tomar una caña tras el partido.

—Pues no vi una mierda que me diera una pista, tío, porque entró en una tintorería a recoger algo.

A Guille lo tenía al tanto de todos mis movimientos; era una especie de confesor en versión primo.

—Ya, tú tómatelo a cachondeo, pero que al final sí que te veo pidiéndote esa excedencia para seguirla a todas partes, ya lo verás.

—¿Por qué no querrá reconocer que me conoce ni que es estríper ni nada?

—Porque igual ha cambiado de vida y ya no le interesa dar explicaciones, por eso.

—Pero ser estríper no es motivo de vergüenza alguno, ¿no?

—Por supuesto que no. Y, de hecho, las hay muy famosas que no veas si tienen éxito, ganan auténticos pastones, salen en la tele, pero...

—Siempre hay un “pero”, ¿no?

—Sí, imagínate, aunque solo sea por un momento, que la chica se hubiera casado.

—No me jodas, primo, no quieras darme el día.

—Es un suponer, que yo no soy adivino, Rémy, pero si lo hubiera hecho con alguien que vive en ese sitio, ¿no es probable que el tío pertenezca a una familia en la que eso no esté bien

visto?

—Ya, ya, del mismo palo del que van las nuestras, ¿no?

—Sí, ¿te imaginas la reacción de mi padre si Rosa hubiera actuado en bolas todas las noches delante de un montón de gente? A mí me importaría una mierda si la quisiera, pero a mi padre le daría un patatús.

Guille era de los míos. Al contrario que muchos de nuestros compañeros, el no prestaba oídos al “qué dirán”, pero no dejábamos de ser la excepción en nuestro círculo.

—Sí, sí, a mí me importa otra mierda más grande, pero habría que escucharle la boquita a mi padre también en un caso así.

—Pues ahí lo tienes. Lo mismo la chica ha abandonado su pasado y no quiere que nadie venga ahora a joderle el invento, Rémy.

—O sea, ¿Que tú crees que puede estar casada?

—Casada, prometida o viviendo con alguien. La niña es un auténtico dulce y más de un pez gordo estaría dispuesto a hacer la vista gorda con tal de tenerla en su vida. Eso sí, a cambio de que ella renunciara a su pasado.

¿Se habría “vendido” Abby de ese modo? No quería ni pensarlo, no podía soportar la idea de que estuviera con alguien por protección, por dinero o por lo que fuera que necesitase.

Sin embargo, algo no me cuadraba, porque hubiera jurado que la misma mirada de socorro que le vi dos años atrás era la que aparecía en sus ojos en la actualidad, ¿por qué?

—Ya, Guille es que no lo soporto, es que no lo soporto.

—Estamos hablando por hablar, porque no sabemos cuál es la realidad. Pero lo que te digo, primo, es que deberías prepararte para cualquier cosa.

—Quizás ella no haya estado esperándome como he soñado en ocasiones, ¿no?

—El punto de partida es que ella no tenía nada que esperar porque no sabía nada de ti, ni de que la estuvieras buscando, ni de que hubieras pensado en ella cada día desde que la conociste, ni de que haya puesto tu vida patas arriba. ¿Te has acostado con alguien estos días?

—Sí, la otra noche con Virginia.

—Pues no parece que te haya aliviado mucho, te noto más tenso que el pellejo de un tambor.

—No, si esa fue la gota que colmó el vaso, la de comprobar que ni siquiera me siento ya mejor cuando me acuesto con otra mujer.

—Y eso que Virginia es mucha Virginia—arqueó la ceja—, oye lo sé por lo que tú me has comentado, que yo no os he sujetado la vela nunca.

—A Dios gracias, primo, que te tengo hasta en la sopa, solo me faltaría verte también en mi dormitorio en momentos así.

—Ni lo menciones, solo faltaba sí...

A mi primo tenía muchas cosas que agradecerle. Lo de que lo tenía hasta en la sopa no era más que cachondeo, pues sin él mi vida no sería lo mismo.

—Tengo que volver a hablar con ella, lo necesito, tengo que saber si tiene a alguien en su vida.

—Pues nada, vía libre, pero no te pases en el interrogatorio, que cuando la tienes enfrente ni tú eres juez ni ella la investigada.

Qué más quisiera que poder sacarle la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, qué más quisiera que saber si por fin tendría posibilidades con ella; qué más quisiera que me dijera que la balanza se inclinaría a mi favor.

Llegué a casa y me puse música para intentar dormir pronto, las notas de *Simply Red* resonaban en mi cabeza mientras el hilo musical se empeñaba en que así fuera:

“This imposible power (Este poder imposible)

A strength that I can't see (Una fuerza que no puedo ver)

There's no way (No hay forma)

Than I can let you go (Que puedo dejarte ir)”

Una nueva semana comenzaba. Al día siguiente tenía un juicio importante y debía intentar mantener la cabeza fría. Se trataba de un juicio de esos mediáticos que la prensa seguiría minuciosamente y no podía permitirme el lujo de resbalarme, pues todos mis movimientos los mirarían con lupa.

Sin embargo, lo que no podía controlar eran mis sueños... Unos sueños que esa noche tuvieron a bien volver a ser húmedos.

Abby entraba en aquella tintorería y yo miraba hacia ambos lados; no había nadie más, por lo que avancé hacia ella.

Ella me miró y me sonrió. Me confesó que sí que me había reconocido y lo que fue todavía mejor, lo insinuante de su mirada me despejó el terreno; me deseaba tanto como yo.

Su mono no tardó ni una fracción de segundo en caer al suelo, mientras corríamos entre todas aquellas prendas colgadas que nos servían de parapeto por si alguien aparecía.

Del techo cayó un vestido y ella rio con ganas.

—Es un vestido de novia, ¿esto es una premonición? —Se lo puso por delante y no sabría explicar si se convirtió en una novia, en un hada o en un ser celestial, pero jamás vi nada más bonito.

Aparté el vestido y comencé a besar su desnudo y delicado cuello con ansia desmedida, mientras mis manos comenzaban a masajear aquellos dos apetitosos frutos prohibidos que constituían sus turgentes senos.

Abby me regalaba unas miradas de deseo que me impulsaban a proporcionarle todo el placer que pueda concentrarse en un solo encuentro fortuito, como había sido aquel.

La intensidad del momento era tal que no podía contenerme, imposible no decirle que la amaba, que deseaba poseerla más que ninguna otra cosa en el mundo, que estaba dispuesto a cruzar un océano a nado por ella si con eso pudiera retenerla a mi lado.

Capítulo 13



Los juicios mediáticos me ponían de los nervios. Aquel tenía que ver con un importante empresario madrileño que se había visto envuelto en una pelea en la que un chico no salió nada bien parado.

Como era de esperar, el empresario echó mano de toda la artillería pesada y contrató al mejor abogado en la materia de la capital.

Las sesiones amenazaban con ser interminables y a mí me costaba la misma vida prestar atención a cada uno de los detalles cuando eran los andares de Abby los que tenía en la cabeza.

No aguantaba más, mientras escuchaba el inicio del relato de uno de los testigos, tomé la decisión; esa misma tarde iría a buscarla.

—¿Cómo ha ido la primera vista?

—me preguntó Guille. Tendríamos juicio para toda la semana, que aquello amenazaba con ser más largo que un día sin pan.

—Tediosa, qué te voy a contar.

Aunque Francis los tiene enfilados, no creas que el tío se va a ir de rositas.

Francis era el fiscal, un tío con fama de sieso total que, sin embargo, a mí me caía fenomenal.

—Buah, toda la semana con Francis es otra prueba dura que te ha puesto la vida. A ti te va a pasar eso que dicen de que lo que no te mata te hace más fuerte.

—Pues ni pajolera gana que tengo de hacerme más fuerte. Pero que a mí, trabajar con Francis, no me molesta para nada.

—Eso es porque tienes muy buen talante, primo. Entre nosotros los fiscales tiene muy mala prensa, ya lo sabes.

—Pero eso es porque sois muy tiquismiquis, que tampoco es para tanto.

—Lo que tú digas, y lo otro, ¿cómo va?

—Me voy a tirar al vacío y sin paracaídas, pienso hablar con ella.

—¿A abrirte en canal? Joder, Rémy, tienes más valor que el pupas, te lo digo.

—¿Y qué es lo que puedo perder?

Si me quedo de brazos cruzados ya te lo digo yo; dos tallas más de pantalones, que me voy a quedar embebido.

Un poco sí que me pasé, porque yo llevaba machacándome en el gimnasio toda la vida y, por mucho que perdiera algo de peso, no me vería enclenque ni nada parecido.

La sobremesa se me hizo eterna y tampoco era plan de vender la piel del oso antes de cazarla porque, ¿quién me aseguraba a mí que Abby fuera a salir a la calle esa tarde?

Por más que trataba de imaginarme cómo sería su vida, no lo lograba. Me costó no volver a recurrir al detective, pero bien conocía yo ese círculo vicioso del que luego me quedaba totalmente enganchado.

Además, esta vez no tenía nada que ver con la anterior; el azar quiso que la tuviese localizada y eso por fin me llevaría a saber una verdad que cada día necesitaba más conocer.

Qué complicadísimo me resultaba soñar una y otra vez con ella porque, cuando los sueños eran agradables, me jodía una barbaridad despertarme.

Y cuando no lo eran, comenzaba el día con el ánimo por los suelos.

Estaba preparándome para salir cuando me llamó mi madre.

—Rémy, hijo, ¿estás bien?

—Sí, mamá, perfectamente, ¿por?

—Porque le estaba diciendo a tu padre que no hay quien te vea el pelo, ¿Por qué no vienes a casa el sábado?

—El sábado no puedo, mamá. He quedado en ir a casa de Julián, ¿te acuerdas de él?

—Sí, tu amigo el que tiene la niña tan mona.

—Justo, sí. Celebran el cumple de la nena y luego Diana y él dan una copa para los amigos.

—Normal, hijo, es que tienen motivos para estar contentos. Te lo he dicho un millón de veces, que ya que tenemos la pena tu padre y yo de que te divorciaste de Amanda, ¿cuándo te vas a buscar una mujer como Dios manda y a darnos nietos?

Me mordí la lengua. Ella no tenía la culpa del ambiente en el que se había criado y que fue el mismo en el que trataron de educarnos a Andrés y a mí.

Con mi hermano mayor, que finalmente se les hizo hippie y se fue a recorrer el mundo con

una furgoneta con su mujer y una prole de niños, el tiro les había salido por la culata.

Se veía que ellos aún tenían esperanzas de que me convirtiera en su tabla de salvación, qué ajenos estaban a lo que tanto me ilusionaba.

Hubiera podido preguntarle, si tuviera necesidad de que me quemase la sangre, qué era para ella una mujer como Dios mandaba, pero obvio que no iba a entrar al trapo. Ese tipo de mujer, la que mi madre (y también mi padre) ansiaban como nuera era justo la antítesis de Abby.

Sería la pera limonera llegar con ella y contarles dónde la había conocido. Que ya sé que no había ninguna necesidad de eso, pero que si ella no renegaba de su pasado no tendría que ser yo quien lo hiciera.

¿Y por qué decía de su pasado? Las ideas revoloteaban en mi cabeza, porque también tendría toda la lógica que, con lo buena que era en lo suyo, siguiera en ello.

No creo que dudéis que en su día traté de seguir también su rastro por Internet y que no hubo página alguna en la que se la mencionase o en la que fotografiasen su cara.

Toda esa pesadilla, la de no saber dónde estaba, esa sí que era seguro que formaba parte del pasado.

Capítulo 14



Yo nunca tuve alma de militar, pero siempre admiré el hecho de que tuvieran que estar de guardia en un sitio determinado durante horas, en la misma postura.

En mi caso, llevaba una hora y media en la acera de enfrente al portal de Abby y ya estaba francamente desesperado.

Ese tiempo me dio, no voy a negarlo, para quedarme con todos los detalles de un edificio que era una maravilla a nivel arquitectónico, como otros muchos que nos deleitan la vista en el centro de Madrid.

Cierto que vivir allí no debía salir nada barato. Yo mismo había mirado algunos de esos pisos cuando me separé de Amanda, pero al final opté por comprarme uno en las afueras, en una bonita urbanización con piscina, spa y todas las comodidades, de nueva construcción.

Aquel piso constituyó para mí un comienzo, el punto de partida de una nueva vida en la me sentí libre de ataduras. Ya lo he explicado más de una vez, por él fueron varias las mujeres que pasaron, pero ninguna logró calar en mí.

Cuando la vi salir, todos mis pensamientos se paralizaron y ya solo pude imaginar el océano tras ese azul de sus ojos.

—Abby, por favor, tengo que hablar contigo—le supliqué.

—Ya te lo dije el otro día, no soy Abby, te confundes—murmuró apartándome la mirada.

También he comentado ya que el lenguaje corporal se me da bien, aunque hasta un tonto de remate sabe que hay personas que no son capaces de mirar a los ojos de otras cuando están mintiendo.

—Abby, yo no voy a juzgarte por nada, pero siempre has estado en mi pensamiento, todo este tiempo. No quiero que me tomes por un loco, yo no quiero molestarte, por favor...

—¿Y entonces? ¿Qué es lo que quieres de mí? No te entiendo, no sé de dónde has salido,

esto no tiene sentido.

Su acento, efectivamente, unido a su físico, la situaban como procedente de Europa del Este; de algún punto de aquel lugar al que yo mismo había viajado con Amanda poco después de nuestra boda.

—Abby, solo quiero que me des la oportunidad de conocerme. Yo vi cómo me mirabas aquella noche cuando bailaste para mí, yo vi el deseo en tus ojos igual que en los míos.

—¿Y eso te da el derecho a buscarme para echar un polvo conmigo? Yo no soy una prostituta, te estás equivocando.

—No, por favor, ni yo quiero ofenderte, todo lo contrario. Lo que pasa es que nunca te he podido sacar de mi cabeza, me quedé colgado de ti esa noche, y mi vida ya no volvió a ser la misma.

—Creo que no sabes lo que dices, ¿de verdad que no estás loco? Deberías olvidarte de mí, solo vas a causarme problemas, ¿puedes comprender al menos eso?

—No, problemas, ¿por qué? Dame la oportunidad de tomar un café un contigo y te lo explicaré todo. Yo ya no estoy casado, ¿sabes? La chica con la que acudí esa noche al local era mi mujer, pero justo rompimos cuando llegamos a casa.

Si no quería dar apariencia de loco, aquel comentario no me serviría de gran ayuda.

—¿La dejaste la noche que me conociste?

—Bueno sí, pero no fue por eso.

Lo nuestro iba de mal en peor, hablamos...

Estábamos charlando en la puerta del portal cuando el ascensor se abrió, para mi desgracia, como pude comprobar enseguida.

Lo único que saqué en claro cuando aquel hombre abrió la boca, fue su verdadero nombre.

—¿Sigues ahí, Kalyna?

Creí que te habías marchado ya, ¿me echas una mano con los niños?

Aquel tipo, que rondaba los cuarenta como yo, debía ser su marido. Y los dos enanos a los que se refería no debían tener más de un par de meses.

Sus cabecitas pelonas, que tenían menos pelos que una bombilla, indicaban que iban a ser dos rubiales como mami y también como su puñetero padre.

—Claro, ahora mismo. —Ella se acercó, dejándome con la palabra en la boca.

La estampa, que a los ojos de otros podría ser idílica, me partió por dentro. El tío la miró sonriente y ella tomó amorosamente a uno de los bebés en brazos, mientras él sostenía al otro.

La complicidad entre ambos era evidente y Abby ni siquiera reparó en que me marché, o al menos no dio la más mínima muestra de que así fuera.

Cuando ocurren este tipo de cosas, uno se hace una barbaridad de preguntas, ¿por qué no di con ella antes?

¿En qué momento aquel tipo la conoció y la enamoró?

Con razón ella decía que yo podría buscarle problemas, ¿y si él no sabía de su pasado? ¿Y si aun sabiéndolo, le molestaba que pudieran relacionar a su mujer con el trabajo que desempeñó?

Ahora ya sabía que lo de ser estríper no formaba parte de su día a día. Abby, la que para mí siempre sería Abby y que en realidad se llamaba Kalyna, se había convertido en una perfecta y elegantísima madre de familia.

Sin saberlo, aquel tipo había despertado en mí todos los celos que un ser humano puede despertar en otro.

Pienso que fue en ese mismo momento cuando comencé a odiarlo, aun a sabiendas de que no tenía ninguna razón lógica para ello.

Es más, a lo largo de aquella interminable noche fueron muchas las veces que traté de pensar que no había nada en él que me diera que pensar que no era un tipo honesto.

Debí alegrarme por ella, pero me fue imposible. Por mucho que yo la quisiera, que entonces ya la quería, en mi mente no entraba otra idea que la de ser yo quien la amara hasta el infinito.

Capítulo 15



La mala leche que rezumaba por mis orejas se dejó ver en la sala de vistas durante el resto de la semana.

Hasta el viernes no terminaría aquel juicio y las malas artes del abogado que, a cambio de una minuta millonaria le habría prometido al empresario dejarlo en libertad, me enervaban.

Incluso Francis, que tenía fama de ser de lo peorcito en sala me lo hizo notar.

—¿Te pasa algo, Rémy? —me comentó durante uno de los recesos que hicimos.

—A mí no, ¿es que tendría que pasarme algo? Parece que todos os habéis puesto de acuerdo.

Hasta mi madre, que por aquello de que vivía en Chinchón, parecía estar más “chinchosa” que nunca (qué mal chiste), me había vuelto a llamar para darme la lata.

—Tranquilo, pero es que he celebrado muchas veces contigo y nunca te había visto así, solo es eso—repuso el insistente fiscal.

—Pues eso es lo que hay. Y a quien no le guste, que se vaya a tomar por...

Ni yo mismo me conocía. Contuve mi lengua porque iba a decir una animalada y Francis no tenía la culpa.

—¿Ves? A eso es a lo que me refiero, a que unos tienen la fama y otros cardan la lana... Ese tipo de cosas pueden ser propias de mí, tío, pero no de ti.

No hacía falta coger un telescopio para ver mi cara de amargado. En el fondo, durante todo el tiempo que pasó entre que conocí a Abby y nuestro fortuito encuentro, albergué la esperanza de estar con ella algún día.

¿Para qué mierda me la había puesto entonces el destino por delante? ¿Para enseñarme la preciosa familia que había formado? Dos puntos para el tío aquel, que también era rubio como ella, no podían lucir más propios juntos...

Todavía estaba hablando con Francis cuando me llegó un mensaje de Amanda diciéndome que si almorzábamos juntos.

No voy a decir que lo esperase porque, aunque nuestra relación era totalmente cordial, no solíamos quedar. Me pareció el día menos apropiado para hacerlo, por lo que le dije que mejor el viernes, a ver si para entonces podía disimular mejor ese careto de avinagrado.

No obstante, supuse que mi ex tendría algún problema cuando acudía a mí. Por mi trabajo era frecuente que la gente de mi entorno me pidiese que les echase un cable de vez en cuando, y lo mismo ella tuvo un problema al volante o vaya usted a saber.

Todo menos lo que realmente tenía que decirme.

—¿Cómo estás, Rémy? —Me dio dos afectuosos besos cuando llegó al restaurante en el que yo ya la estaba esperando.

—Bien, aunque a juzgar por tu aspecto, tú estás mejor todavía.

—A juzgar, a juzgar, cómo no iba a salirte el juez que llevas dentro, ¡cuánto tiempo! —Me sonrió cariñosa.

—Sí, he llegado a pensar que tuvieses algún problema porque no hemos vuelto a quedar así en plan colegao desde que...

—Puedes decirlo tranquilamente, por fortuna ya no duele, desde que nos separamos.

—Exacto, por cierto, ¿sigues con ese chico con el que te fuiste a Los Alpes?

—Sí, sigo con Borja. Y no es que me fuera con él a Los Alpes, es que somos novios desde hace tiempo.

—Ah, ¿sí? No me habías dicho nada.

—Tampoco es que habláramos tanto.

Y, además, no te me vayas a quejar que tú sí que no sueltas prenda de tu vida, condenado.

—Es que tampoco hay mucho que contar, que Cupido como que no se ha pasado por mi puerta. —Hice de tripas corazón por mostrarme contento cuando lo cierto era que interiormente me estaba cagando en todo.

—Pues entonces te cuento yo; me caso.

—¿Te casas? Pero bueno, esa sí que es una noticia, espera que ahora mismo pedimos champán para celebrarlo. —Me alegré por ella.

Amanda había tenido un detalle al contármelo en persona, que no era poco.

—No, deja, no puedo beber alcohol.

Al mejor cazador se le va la liebre, porque no entendí la razón por la que lo decía.

—¿Es que tienes que conducir?

Luego nos vamos en un taxi, pero la ocasión lo merece.

—No es por eso, Rémy es porque...

Por tonto no me tengo, y aunque lo hubiese sido y hasta de remate no me habría quedado más remedio que entenderlo cuando posó su mano en su incipiente barriguita, algo que se notaba al estar sentada.

—No me digas que...—balbuceé.

—Sí, por fin lo he conseguido, gracias a un tratamiento novedoso que está dando muy buenos resultados. Borja y yo estamos muy contentos, y me ha parecido buena idea compartirlo contigo.

—No sé ni qué decir, bonita.

Felicidades de corazón, se te están cumpliendo todos tus sueños.

—Sí, créeme que ahora mismo no me falta ninguno, salvo, a poder pedir, que vengas como invitado a nuestra boda.

—¿Sí? —Volteé los ojos.

—Claro, a Borja le ha parecido muy buena idea, él sabe que te tengo muchísimo cariño.

—¿Y tus padres? ¿Qué van a pensar tus padres?

Mis exsuegros eran igual de convencionales que mis padres y mi presencia en ese enlace como que no parecía concordar mucho con el guion que ellos tenían establecido para su vida.

—Tú tranqui, que están locos con la llegada de su nieta y no van a decir ni pío. Y si lo dicen, les paro los pies rapidito.

—¿De su nieta? ¿Ya sabes que será una niña?

—Sí, justo me lo dijeron ayer, ¿no es una maravilla?

Lo que era una maravilla, con independencia del sexo del bebé que fuese a alumbrar, era la carita de felicidad que mostraba mi exmujer.

—Pues entonces no se diga más.

—Será dentro de tres meses, tampoco quiero ir con la barriga hasta la boca, tú ya me entiendes.

—Tú estarías guapa, aunque te casaras en el paritorio, niña.

Amanda siempre fue una muñequita.

Totalmente distinta a mi Abby, pero también una muñequita. No obstante, no provocó jamás en mí lo que provocaba aquella misteriosa chica con un simple aleteo de pestañas.

—Sí, monísima estaría dando el “sí, quiero” entre chillidos de que me pongan la epidural.

Eché un buen rato con Amanda, pero volví un tanto taciturno a casa. Por delante tenía un fin de semana en el que veía cómo todos a mi alrededor hacían (o rehacían) sus vidas junto a sus familias y me sentí solo.

No tardé en soñar que era yo el rubio que sostenía a uno de los bebés mientras Abby sostenía al otro.

Capítulo 16



—Buenas, te lo voy a decir rapidito antes de que me acompleje; no entiendo absolutamente nada de juguetes para una nena de un año. Bueno, ni de un año ni de ninguna edad.

La destinataria de tal confesión era la chica de la primera juguetería que me encontré por la calle, caminando sin rumbo aquella mañana de sábado.

Por la tarde asistiría a la copa que daban Julián y Diana por el cumple de su nena, y no era plan de presentarme con las manos vacías como una rata de cloaca.

—¿No tienes niños? —me preguntó mientras sus caderas se iban moviendo graciosamente hasta la estantería de enfrente.

—No, al menos que yo sepa—bromeé.

—No debes tenerlos, si me hubiera cruzado con algún enano con esos ojos verdes, lo recordaría.

Bien que se había dejado caer en plancha, ¿me la habría puesto el destino por delante para alegrarme el fin de semana?

—¿No me digas? Tomo nota. Y tú, ¿tienes niños?

Estábamos solos, porque yo había madrugado y la gente como que debía estar en casita con la *family*, cantando eso de que “*no hay nada más lindo que la familia unida...*”, dígame con toda la ironía del mundo.

—¿Yo? ¿Tú me has visto a mí edad de tener un macaco de esos? No, hombre, yo estoy en edad de sacarle todo el jugo a la vida.

Por si sus palabras, y la forma en la que las dijo, no habían sido suficientes, el modo en el que se acarició de cuello para abajo, me lo dijo todo.

Igual era mi día de suerte, porque a aquella morenaza de veinte y pocos años no debían

faltarle candidatos para sacarle a la vida ese jugo del que hablaba con tanta naturalidad. Y, sin embargo, me estaba lanzando la caña directamente.

Si abrí la boca y piqué el anzuelo, aparte de porque la chica estaba no buena sino lo siguiente, fue porque sus ojos azules hicieron que cayera rendido a sus pies. Y, como ya imaginaréis, no solo porque fueran preciosos, que lo eran, sino porque me recordaron a los de otra hermosura cuyo recuerdo dolía como un balazo en pleno estómago.

—¿Y tienes hoy algún plan para sacarle ese jugo a la vida? Porque si no es así, igual podríamos almorzar.

—¿Almorzar? No suena mal, pero yo tenía en mente lo de cenar.

—Y me parece más acertado, pero he de ir al cumple de la nena de mis amigos y no estaría bien que los dejase colgados.

—¿Ni siquiera por esto? —Se dio media vuelta y aquel trasero, más alto que la matrícula de un avión y en el que debían poder partirse nueces por la dureza que parecía tener, me convenció.

—Supongo que podría hacer un esfuerzo y tomarme una copa rápida. ¿Sería demasiado tarde si te recojo a las diez, guapa?

—No, pero estoy segura de que se te van a hacer las horas muy largas...

—Ese es mi problema, no te preocupes, sabré esperar.

Sí que iba al grano la chica, que actuaría como “quitapenas” para mí esa noche. Tampoco debía sentirme mal por ello, que no es que le viera yo intenciones de querer que le colocase un pedrusco en el anular.

—Ok, por cierto, me llamo Paula.

—Yo soy Rémy, —Encantada de conocerte, Rémy y ahora te voy a enseñar un correpasillos que hace furor entre los enanos. Con ese, te la metes en el bolsillo en un momento.

A la niña igual no, pero a ella parecía que le había caído yo lo suficientemente bien para alegrarme la noche.

Y alegría era lo que me hacía falta, para qué negarlo.

La noticia de que Abby (repito que para mí era imposible pensar en ella con otro nombre) tuviera familia me lanzaba directamente a los brazos de toda aquella preciosidad que estuviera dispuesta a hacer de un rato conmigo, un intenso episodio sexual.

—¿Quedamos hoy para almorzar? —me preguntó Guille cuando salí de la juguetería con la caja, como un camión de grande, encima.

—En cuanto me deshaga del armatoste que he comprado para la cría de Julián, aunque ya te contaré que no sé si es un correpasillos o un talismán.

No voy a decir que me hiciera ilusión tener plan para esa noche, pero la posibilidad de desahogarme y olvidarme al menos por unas horas de esa agonía que me tenía consumido suponía un alivio para mí.

—Te van a faltar a ti mujeres, primo. Si es que arrasas en cero coma, ¿no lo ves?

—Nunca me he quejado de eso, y lo sabes. Distinto es que no vaya a tener nunca a la que cambiaría por todo el resto junto.

—A mi entender, lo que de verdad tendrías que cambiar es el chip. Si la cosa con Abby no va a poder ser, es hora de que intentes sacarla de tu cabeza.

—Es fácil decirlo, Guille, sobre todo en la boca de alguien que sí tiene a la mujer de la que está enamorado junto a él.

—Sí, aunque espero que ahora y después de mil años, no salgamos tarifando, porque no veas el mal genio que le sale últimamente con los preparativos, me ha organizado ya un par de pollos de espanto.

—Vamos que no te ha dicho que estás en el mundo porque tiene que haber de todo de milagro, ¿no? —Reí porque el encuentro con la morena logró subirme un poco el ánimo.

—Más o menos, sí. Disfruta también de tu soltería, que tiene sus muchas cosas buenas, Rémy.

Capítulo 17



Me estaba imaginando los pollos a los que se refería mi primo cuando me vestía aquella tarde, mientras negaba con la cabeza.

Elegí una de mis mejores camisas de sport y la deseché de inmediato. No sé si he comentado que soy súper especial con la ropa, de esas personas que tienen el vestidor como si fuera una obra de arte a exhibir; todo perfectamente colocado en su sitio y ordenado por colores y demás.

Deseché la camisa al pensar que, cuando yo llegase, todavía quedara por allí alguno de esos enanejos perversos que pudiera hacerme una trastada en ella. Cuando menos, tendríamos a Dianita, que igual trataba de “agradecerme” el obsequio del correpasillos echándome en ella váyase usted a saber qué.

Me decanté por un polo y unos chinos, cogí el regalo, que pesaba como un muerto, y lo monté en el coche.

¿Estaba Amanda segura de querer tener uno de esos? No dejaba de haber un cierto tono irónico en mi pensamiento, como si pensar así haría que el no haber podido estrenar paternidad me resbalase.

Julián me abrió la puerta.

—¿Qué traes ahí? Diana te va a matar, no sabes la de cacharros que le han regalado hoy a la pitufa, vamos a necesitar cambiarnos de casa para meterlos todos.

—No es mi culpa, yo solo he seguido los consejos del bombón que me lo ha vendido.

—¿Un bombón que tienes previsto degustar? Porque el tono de tu voz te ha delatado.

—Joder, Julián, menos mal que el juez soy yo, porque tú también te agarras a un pelo.

—Eso dice Diana, sí.

—¿Qué dice Diana? —La mujer de mi amigo se acercó también hacia la puerta.

—Que tienes un marido muy suspicaz y, en cuanto a mí, que me declaro inocente de todos los cargos por traer este cacharro. —Le di un abrazo.

Nos terminábamos de saludar cuando nos interrumpió una chica castaña muy atractiva, que dijo algo que me sonó amenazante.

—Perdona, Diana, ¿tendrías toallitas para limpiarle la rana a Carlitos? Es que su hermano le ha echado un caño de leche y lo ha puesto perdido.

—Claro, mujer, por supuesto.

Además, te voy a enseñar unas que te van a dejar flipada, ni cerco vas a ver.

Mira, te presento a Rémy.

—Hola, Rémy. Yo soy Alba, madre novata—resopló.

—Entiendo, encantado.

No sé dónde se habrían metido los feos esos días, porque toda la gente a la que me encontraba era igual.

—Presumo que he venido demasiado pronto, ¿no? —le pregunté a mi amigo.

—No, ya todos los chiquitines se han ido, los únicos que quedan, y ya se van en un rato, son Alba y su marido.

En breve acostaremos a la nena y llegará el resto de la gente para esa copa, ¿sabes que vendrá Óscar?

—¿Óscar? ¿Pero no estaba en Rusia? Que hace falta tener ganas, pero...

—Sí, lo que pasa es que se ve que ya se ha hartado de vodka y debe haber pensado que con una copichuela de las de aquí le llega.

—Es que ya le vale, cuatro o cinco años en Rusia, ¡qué *fuck* locura!

—Sí, porque encima lo que dicen de la ensaladilla no es verdad, que lo sepas.

Julián era un tío de lo más afable que siempre estaba de broma. Aquella reunión prometía porque se darían cita varios de los amigos de toda la vida. Y cuanto tocara a su fin, yo tendría un buen postre esperándome. O más bien, una cena entera, pero mi mente estaba puesta donde estaba puesta.

No es que me hubiera olvidado de Abby por arte de magia, pero haría todo lo posible por apartarla de mi mente, porque su presencia cada vez me atormentaba más y más.

—Oye, Julián, ¿te importa si paso al baño un momento?

—No, no me importa, pero son diez mil. —Puso la mano.

—Diez mil guantazos te voy a dar, ahora vengo.

Me dirigí al baño, pensando que tendría que haberlo hecho antes de salir de casa. Mi amiga

Cassandra me había sugerido unos tés depurativos que hacían un efecto bestial, y me hacía pis como un niño pequeño.

—¡Está ocupado! —me dijo una voz masculina desde dentro.

—Puedes ir al de nuestro dormitorio—me indicó Julián.

—No, allí está Alba limpiando a Carlitos, tendrás que esperar al primero que se quede vacío, Rémy—me dijo Diana al ver que yo daba saltitos de la impaciencia.

No es que tuviera que esperar demasiado porque la puerta se abrió enseguida. Pis no me hice, pero sí me cagué para mis adentros en todo, porque no podía creer que el ocupante del baño fuera, ¡el rubiales marido de Abby!

Me quedé inmóvil.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó, cogiéndome del brazo, y yo me aparté como si hubiera visto a un fantasma. —Oye, ¿yo te conozco?

—No, no nos conocemos de nada—le solté mientras cerraba la puerta de golpe.

Pero ¿no había dicho mi amigo que solo quedaba una pareja? Sin duda que había más gente, a ese la paternidad le había disminuido el número de neuronas.

Una puta excusa, necesitaba una puta excusa para salir de esa casa, porque todo me valía menos pasarme la noche viendo cómo el tío ese le hacía carantoñas a la mujer de la que yo estaba secretamente enamorado.

Cuando abrí la puerta y estaba decidido a soltarle a Julián que mis padres me necesitaban en Chinchón, ocurrió algo inesperado. Alba venía con su bebé en brazos y el rubiales se acercó a ella, ¡dándole un beso en la boca!

—Si es que no solo eres un bellezón de mujer sino una madraza de escándalo, ¿cómo se puede tener tanta suerte?

¿Suerte? ¿Es que el tío tenía un harén o algo? Sí, sí que tenía suerte, ¿cómo se comía aquello? ¿El marido de Abby llevaba una doble vida? Pero había más, ¡el enano que Alba portaba en brazos era uno de los pelones...!

—Julián, necesito hablar contigo—le dije cuando lo encontré en la cocina.

El rubiales me seguía con la vista, totalmente mosqueado y con cara de sabueso mientras nos apartábamos en una pequeña terraza contigua a dicha cocina.

—¿Se puede saber lo que te pasa, Rémy? Diana me la va a liar, que va a pensar que sigo fumando a escondidas...

Capítulo 18



A veces el mundo se te cierra de un portazo y otras se te abre de golpe sin ton ni son. Eso último fue lo que me ocurrió esa tarde...

—Julián, tienes que ayudarme, ¿conoces a una chica llamada Kalyna?

—¿Kalyna?

Sí, espera, que ese nombre no se escucha todos los días. Es la chica ucraniana que cuida los niños de Nacho y Alba.

—Espera, espera, ¿estás seguro de lo que estás diciendo?

—Sí, hombre. Alba es compañera de trabajo de Diana, simultanea trabajo con máster y estaba que echaba humo por las orejas como una olla exprés, no se puede vivir con tanto estrés. Por eso buscaron a alguien que los ayudara unas horas.

—¿Unas horas solo?

—En principio, pero luego apareció ese “ángel rubio” como la llama Alba y entre todos pactaron que pudiera quedarse interna en su casa, ¿sabes? En principio están encantados; la chavala tiene un buen trabajo, Alba cuenta con más tiempo para ella, y Nacho tiene a su mujer más contenta, lo que se traduce en más sexo.

—Ya, ya...

Qué poco carburaba mi amigo lo que a mí me gustaba que el rubiales tuviera sexo con Alba o con quien le viniese en gana, pero no con Abby. Y no solo eso, sino que no era el hombre de su vida.

—¿De qué conoces tú a esa chica, a Kalyna?

—Es una historia muy larga de contar, pero no te preocupes, que no pasa nada malo.

—Rémy, ¿seguro? Que son nuestros amigos y si pasa con algo chungo con la canguro deberían saberlo.

—Tú te montas muchas películas rollo “La mano que mece la cuna”, ¿no? Déjalo, de veras que no hay ningún problema, ¿vale?

Siempre me llevé bien con Julián, que pertenecía a la pandilla de amigos de toda la vida, pero de ahí a contarle que llevaba dos años emparanoiado con una estríper, como que no me parecía lógico.

En principio pensé en salir a toda pastilla de allí, pues se agolpaban demasiadas emociones en mi mente, pero luego quise poner las parabólicas a ver si obtenía algo de información.

Entré por el salón con el correpasillos, envuelto en un colorido y alegre papel.

—¿Tú eres Dianita? —La enana me miró muy seria.

—Dile que sí, hija, que eres Dianita. —La cogió su madre en brazos, mientras mi “rival” el rubiales y su mujer sujetaban a su par de pelones.

—¿Te imaginas cuando nos lleguen a nosotros cajas de esas por partida doble? —le preguntaba ella a él y ambos sonreían.

Entre ellos había más azúcar que en una ensaimada rebozada en miel, ¿cómo pude tener tan poco ojo?

Un profesor de una asignatura de Criminología que cursé en un máster decía que nada nos nubla más la vista que los sentimientos. El miedo hizo que yo quisiera ver una complicidad entre Abby y ese hombre que no debía ir más allá de la cordialidad.

Me mantuve con la oreja puesta, escuchando hablar de pañales, potitos y papillas, así como del *best seller* ese del “Duérmete, niño”. Mi paciencia fue recompensada, porque tras un rato haciendo ver que me interesaban esos temas, la información jugosa me saltó encima como el chino ese que salta del maletero en “Resacón en Las Vegas”.

—Deberíamos irnos ya, amor, que Kalyna tiene la noche libre y hoy nos toca a nosotros bañar a los niños—le comentó el rubiales a su mujer.

—Es verdad. Por cierto, que me comentó que están poniendo una peli muy buena de ese actor que tanto me gusta a mí, cómo se llama, lo tengo en la punta de la lengua, que ella iría al cine esta noche.

—¿Un actor que te gusta a ti?

Pero te gusta, ¿cómo? —Su tono de broma era evidente, pero también se veía que el tal Nacho estaba enamorado del todo de su Alba, ¡qué alegría para mi cuerpo!

—Sí, tonto, que ya sabes que me pone. —Ella le dio una vueltecita más de tuerca al asunto, se veía que les iba ese rollo.

—Yo sí que te voy a poner fina luego, con eso de que estamos solos.

Suficiente, no me hacía falta escuchar nada más. Con disimulo, miré la hora de las sesiones del cine más cercano a su domicilio y comprobé que me daba tiempo a verla salir de casa, si es que no estaba ya en la calle.

—Julián, tío, lo siento, me ha surgido un contratiempo. Voy a tener que irme, os debo una...

—¿Tienes que irte sin esperar al resto? Lo vamos a pasar muy bien.

—Es fuerza mayor, créeme.

Y tanto que era fuerza mayor, como que a mí me iba a dar un síncope como no resolviera aquella situación.

Me subí en el coche a tiempo de deshacer mi plan con la chavala de la juguetería.

—Lo siento, guapísima, pero me va a ser imposible que quedemos. De todos modos, ha sido un placer—le puse por wasap.

Hice bien en no acudir, porque a la gente se la conoce a las malas, que a las buenas damos todos gusto.

—Pero ¿serás cabrón? Ya me parecía a mí que no debía fiarme de un pijo como tú, ¿te ha salido un plan mejor? Pues solo te deseo que no se te levante el pito en toda la noche, desgraciado.

Capítulo 19



Muy bien, muy bien, no es que le hubiese sentado, pero tampoco le eché mucha cuenta al asunto. Tenía los minutos contados para llegar, aparcar... ¡qué mierda! Me quedaría en doble fila, tenía el pálpito de que todavía estaba en casa, de que iba a tener mi oportunidad, de que por fin podría hablar a solas con ella.

Justo llegaba cuando no podía creer que fuera Abby la que atravesaba el portal. Un minuto más tarde y no me la habría cruzado.

Me bajé casi en marcha, apenas me dio tiempo a parar el motor, ¡no quería que se me fuera!

—Abby, por favor, ahora sé más cosas de ti, necesito hablar contigo.

—¿Tú otra vez? ¿Me estás espiando? Y no me llamo Abby, me llamo Kalyna.

—Ya, ya lo sé, se lo escuché el otro día a tu jefe, que yo creía que era tu marido. Un lío total, tengo demasiadas cosas que contarte. —No podía parar de hablar como una cotorra con la impresión de que, si lo hacía, no le daría margen para la huida.

—He quedado con una amiga para ir al cine, por favor olvídate de mí. Te lo dije el otro día, no vas a traerme más que problemas.

—¿Puedes explícame por qué? Por favor, sube, necesito hablar contigo.

—¿Subirme en el coche con un desconocido? Podrías ser... Reconoce que tu comportamiento no es muy normal.

En eso tenía toda la razón y todavía le sobraba. Abby no tenía ni la más mínima idea de mi identidad ni de lo que se escondía en mi cabeza; de ese sufrimiento perpetuo por no saber de ella.

—Te prometo que no te va a pasar nada, te lo prometo.

—¿Sabes a cuántos hombres les he escuchado decir ese tipo de cosas? Y tenían razón, no me iba a pasar nada, pero nada bueno.

—No sabes cuánto lamento escucharte decir eso, pero te prometo que yo soy distinto, no quiero aprovecharme de ti ni de tu físico.

—No me interesa, perdona, pero voy a llegar tarde al cine.

—Pues, si no subes, dejo el coche aquí mismo y te sigo hasta allí. —Le sonreí, tampoco quería darle la impresión de ser un psicópata, que bastante tenía ya ella la mosca detrás de la oreja.

—Tú mismo, pero yo no me arriesgaría a dejar ese carro en plena vía pública, tú verás.

—Ese carro me importa un pimiento. Es más, cuanto estoy contigo, todo lo demás me sobra.

—Estás pirado, de veras que estás pirado. —Un avance por mi parte porque cuando lo dijo, esbozó una leve sonrisa.

Por leve que fuera, a mí la apertura de sus labios se me antojó como la de las puertas del cielo, y por un instante toqué la felicidad con la yema de los dedos.

—Déjame que te invite a cenar, solo una cena, escucha lo que tengo que decirte, no te pido más.

—¿Y después te esfumarás para siempre?

—Si es lo que quieres, me esfumaré para siempre, cero acoso. —Levanté mi mano derecha en señal de promesa.

Lo que ella hubiese deseado le prometería con tal de que esbozara otra de esas sonrisas. Cuando finalmente resopló y se subió al coche, yo sentí que el sueño de mi vida estaba más próximo.

—Tengo que llamar a mi amiga, le va a sentar regular.

Marcó un número y ella sabrá lo que le digo a la otra chica, ya que lo hizo en su lengua materna. Cómo me puso escucharla hablar con esa naturalidad y frescura, más todavía cuando se rio con ella, pues seguramente la otra le soltó algún disparate.

—Listo, ¿dónde vamos a cenar?

Al final del mundo la llevaría con tal de que no se bajase nunca de ese coche, con tal de que sus ojos azules siguieran interrogándome, con tal de que su voz volviera a sonar para mí, con tal de que ese momento que estábamos viviendo pasara a formar parte de ese patrimonio de instantes únicos de los que cada uno es dueño.

—Elige tú, por favor.

—Hay una pequeña hamburguesería en La Latina que me gusta mucho, no es un restaurante de lujo, quizás alguien que lleva este carro no sepa apreciarlo.

—Ey, ey, ey, si es el lugar que a ti te gusta, para mí se tratará del mejor restaurante del mundo, no te confundas, por favor.

—Vale, pero ya te lo he advertido, es un poco cutre.

Su acento era ideal, no podía sonar más gracioso a mis oídos, pese a que no estaba exento de ese halo de sensualidad que la envolvía por completo.

El juvenil short, negro y abotonado por delante, que combinaba con un top del mismo tono, igual que las sandalias, realzaban cada una de las curvas de un cuerpo que yo me aprendí en su día de memoria.

La de veces que pude rememorar cada centímetro de su blanca piel moviéndose para mí en aquel local... Si es que podría situar cada uno de los lunares de su cuerpo con los ojos cerrados.

—¿Cutre? No puede haber nada cutre en una noche como esta, hazme caso.

Yo sabía muy bien lo que me decía. Por supuesto que cualquier idea que ella pudiese tener sería para mí el mejor de los planes.

Con Abby a mi lado, o con Kalyna, mejor dicho, me sobraba el resto y, si ella me lo pidiese, lo dejaría todo y la seguiría hasta Marte con tal de lograr el objetivo de mi vida; que mis labios besaran los suyos y que pudiera demostrarle con mi cuerpo cuanto la amaba mi corazón.

—Ok, pues entonces yo te voy guiando.

Cualquiera diría que llevaba toda la vida en Madrid, pues parecía conocer cada uno de los detalles de la capital.

También reparé en que era una persona muy observadora que se quedó con el cante de todos los detalles.

Pese a que tengo fama de ser muy elocuente, no sabía por dónde empezar a hablar y ella esperaba con paciencia a que yo uniera las piezas del puzle e iniciara la conversación.

—Verás, Kalyna, yo no puedo decirte qué fue lo que me pasó la noche que te conocí, pero cambiaste mi mundo.

—¿Quizás un flechazo de esos a primera vista? —Me ayudó un poco, cosa que le agradecí.

—Podría decirse que sí, creo que sería una buena manera de ponerle nombre.

—¿Eres de los que se empeñan en ponerle nombre a todo? —me preguntó y, francamente, no supe qué contestarle.

Capítulo 20



Jamás una hamburguesa me supo tan rica, jamás me emocionó tanto estar en algún lugar con alguien, jamás sentí que mi sueño podía cumplirse como aquella noche.

—No sabes cuánto te busqué, volví al club poco tiempo después de mi separación, necesitaba dar contigo, pero no hubo forma. El hermetismo fue total, llegué a perder todas las esperanzas, creí que un reencuentro nunca sería posible.

—¿Volviste para saber de mí? —No salía de su impresión.

—Sí, volví para saber de ti, no sabes lo que hubiera dado por encontrarte. Te repito que no quiero asustarte, nunca he actuado así, pero es que hubo algo, sentí algo mientras bailabas...

—Sentiste que bailé para ti, ¿no es eso?

—Es justo eso, preciosa. Sé que puede sonar a locura, porque la sala estaba llena de gente, pero para mí era como si estuviésemos solos tú y yo.

—Y para mí también—me soltó sin que me lo esperara y mi cuerpo entero tembló como una hoja.

—Así que no fueron alucinaciones mías, ¿bailaste para mí?

—Bailé para ti, ¿sabes por qué?

—No, por...

—Perdona, estoy hablando de más, yo no debería entrar en este juego.

—No, por favor, no lo pares ahora. —Puse mi mano sobre la de ella instintivamente.

—Lo hice porque ninguno de aquellos hombres me miró nunca como tú lo hiciste aquella noche, ¿sabes?

—Entonces, ¿tú también supiste verlo?

—Sí, estoy muy acostumbrada a las miradas lascivas, muchos hombres babeaban cuando ven a una chica como yo bailando así, pero ninguno mira como tú lo hiciste; tú te quedaste como hipnotizado.

—Por no decir enamorado, porque puede sonar a locura total, pero yo siento que me enamoré de ti en tan solo unos momentos, Abby.

Me salía solo, ese nombre, con el que la identificaría toda la vida, me salía solo.

—No me llamo Abby, ya lo sabes.

Ese era mi nombre artístico.

—Lo sé, pero es prácticamente lo único que sé de ti, aunque estoy deseando que me cuentes más cosas.

Decirle que también sabía que en su día usó documentación falsa no habría sido una buena idea, hasta ahí llega cualquiera. Verse descubierta en una cosa así no es algo que le guste a nadie, más cuando previsiblemente lo haría por necesidad.

—No hay demasiado que contar, un buen día decidí dejar la noche, estuve un tiempo fuera de Madrid, pero en ningún lado amarran los perros con longaniza, como decía Saray.

Al mencionar a aquella otra chica, detecté tristeza en sus ojos.

—¿Saray era amiga tuya? —Quise indagar un poco, ir tirando poco a poco del hilo que me ayudara a desenmarañar la madeja.

—Sí, es una gran chica, todo corazón. Ella siempre me ayudó mucho sin pedirme nada a cambio, es como una hermana para mí.

—¿Tú no tienes familia aquí, Kalyna? —Más me valía llamarla por su verdadero nombre si no quería incomodarla.

—¿Familia? No, no tengo familia, no tengo a ninguno de ellos.

Cuando uno vive en el país en el que nació y crece rodeado de todas las comodidades, sin plantearse en ningún momento la posibilidad de tener que coger un día las maletas y dejarlo todo atrás, sin saberlo, uno lo tiene todo en la vida.

Hablando con Kalyna comprendí que yo era una de esas personas que lo habían tenido todo desde su nacimiento y que solo vi el sufrimiento de lejos, en otros.

...Y uno de esos otros era esa mujer, de apariencia frágil, pero que en su interior debía ser una súper woman; una de esas heroínas anónimas a las que sobrevivir les hubiese costado un huevo y parte del otro, como diría mi amigo Salva, que tenía unas frases que ni hechas de

encargo.

—¿Viniste sola a España? —Le acaricié la mano, esta vez con mayor ahínco.

¿Qué podía pasar? Aparte de que me dijese que se la soltase, absolutamente nada, por lo que seguí hasta nueva orden.

—Sí, vine sola—murmuró.

—¿Y puedo saber qué te trajo hasta aquí? —le pregunté, no podía perder la oportunidad de saber más sobre ella.

—No quiero hablar de eso. Por favor, no sigas por ahí.

—Lo siento si te he molestado.

—Lo que más sentía no era ya eso, sino el hecho de que pareciera ponerse en guardia.

Kalyna se tensó y me costó reconducir la conversación.

—No, no es eso, pero que...

—Lo sé, lo sé, bonita, que no tengo derecho a llegar y querer meterme en tu mundo por las buenas, Podemos hablar de lo que te apetezca, ¿siempre te gustó bailar?

Dios, quizás tampoco fuera el tema más delicado del mundo, porque las circunstancias en las que la vi bailar igual tampoco fuesen las mejores para ella.

—Bailar sí, bailar siempre fue mi pasión. Gané premios de danza de pequeña en mi país, en Ucrania, ¿sabes?

Yo ya sabía que era ucraniana por Julián y también la había puesto al día de mi encuentro con sus jefes en casa de mis amigos.

—¿Sí? Pagaría por ver esas fotos, créeme que pagaría.

—No, no tengo fotos, lo siento.

Nueva metedura de pata por mi parte, que no estaba demasiado fino aquel día.

Esperaba que ella lo entendiera, que supiera ver en mí a un hombre que no solo no pretendía importunarla en ningún momento, sino que deseaba hacerla sentir lo más cómoda posible.

—Bueno, al menos supongo que tienes todos esos momentos grabados en tu cabeza, esas son las mejores imágenes, el disco duro que nunca se borra.

—Sí, en mi cabeza sí que están, pero preferiría que no siguieras por ahí, por favor.

—Claro, lo que tú digas.

—¿A ti te gusta bailar? —me preguntó. No había que ser superdotado para ver que prefería tratar temas más superficiales.

—Sí, pero no he ganado nunca ningún premio, ¿eh? Lo mío siempre fueron los libros.

—Ya, supongo que fuiste un buen estudiante, un hijo modelo y todas esas cosas, ¿no?

—Supones bien, pero que no fui un empollón de esos con gafas y friki, ¿eh? Solo que nací en un ambiente en el que estudiar no era una opción, sino una obligación.

—No te quejes entonces. —Sonrió.

—No, claro que no me quejo y, ahora que es a ti a quien se lo puedo contar, muchísimo menos.

Me sentía tan jodidamente feliz que, lo único que me faltaba para saber si esa felicidad podía o no ser total, era saber si ella se quedaría conmigo esa noche, si por fin podría ver cumplido ese sueño de amarla como ella se merecía...

Capítulo 21



A veces la vida te favorece, y aquella noche yo sentí que todos los dioses del planeta se pusieron de acuerdo para hacer de mí el más afortunado de los hombres.

Durante la cena y, aunque me fue imposible tocar ningún tema trascendental, el nivel de confianza fue subiendo entre nosotros.

Sentí que aquella corriente que surgió entre ambos dos años atrás no se había cortado en ningún momento, más diría, crecía por momento que pasaba.

Durante la cena, los ojos de Kalyna y los míos no se apartaban los unos de los otros. Lo que mi instinto me decía es que en ellos seguía habiendo aquella petición de socorro, pese a estar en un ambiente muy distinto, en un hogar en el que, según me confesó, se sentía de lo más a gusto.

—¿Una copa? —le ofrecí al salir.

—No quiero ser pesado, pero me encantaría que te la tomaras conmigo.

—No eres pesado y sí que la quiero.

Sé que puedo estar extendiéndome mucho en el relato de este día, pero también comprenderéis que, con independencia de cuál fuera su resultado, para mí era uno de los días más importantes de mi vida.

—Venga, pues ahora elijo yo, ¿te parece?

—Pero no me lleves a un sitio demasiado pijo, que yo solo iba al cine.

—¿Solo al cine? No fastidies, si yo creía que ibas a la pasarela Cibeles, ¿tú te has visto?

Estaba ideal y tampoco es que fuéramos a una recepción con Felipe y Letizia, que mi idea era llevarla a bailar.

Cuando pusimos los pies en aquel local, dividido en numerosas pistas con todo tipo de baile, solo recé porque no tirara por el tecno, que no lo soportaba.

—No veas que alivio, creí que ibas del tirón para el tecno o alguna cosa de esas de gente muy joven.

—¿De gente muy joven? ¿Qué edad crees que tengo?

—Te eché veinticinco el día que te conocí, ¿me falló la intuición?

—Si le sumas cinco más, habrías acertado. Tenía treinta y ahora treinta y dos...

Joder, yo no era mal fisionomista, pero es que ella parecía mucho más joven de lo que era.

—Entonces solo nos llevamos ocho.

—¿Tienes cuarenta? Tampoco lo pareces, te echaba mi edad.

—Pues nada, mejor así, temía que me vieras demasiado mayor para ti.

—¿Para mí? —Me quedó un sabor agridulce tras su respuesta, como si ella no creyera merecer a alguien como yo.

—Eso he dicho, para ti. Voy demasiado rápido, ¿no es eso?

—No es eso, ¿bailas?

Era una especialista en cambiar el tercio, no era la primera vez en su vida que lo hacía, eso me quedó claro; eso y que las ganas de divertirse estaban intactas en ella detrás de esa apariencia triste.

Sí, quisiera o no, la de Kalyna, que debía ser una auténtica superviviente, era una apariencia triste, ¿qué habría en su pasado que empañaba su azul mirada?

Yo iba a llegar hasta el fondo del asunto, poco a poco me metería en su corazón y de allí no saldría hasta saber qué pasó en su día. No podía quitarme de la cabeza que alguna mafia la hubiese engañado para traerla a España, y una vez aquí, como tantas otras, se viera obligada a hacer cosas que no deseaba.

Fuera cual fuese su historia, tampoco debía ser de lo más sórdida, porque yo la conocí en libertad y como estríper en un local de lujo, donde ganaría un buen dinero. A Dios gracias, ella no estaba en ningún prostíbulo de mala muerte, pensarla en esas circunstancias me habría roto el corazón.

Igual corrió mejor suerte y cayó en manos de gente desaprensiva pero no de tan mala calaña, pudo pagar su deuda y quedar libre... En ese mundo había de todo como en botica.

Lo que saqué en claro aquel día fue que, más allá de lo que le hubiese ocurrido, ella no había perdido la ilusión por vivir. Y, sobre todo, por bailar...

No podía recordar la última vez que me lo pasé tan bien. ¿Cómo era posible que a una chica de su procedencia se le dieran así de bien los bailes latinos?

Tanto es así que, en ciertos momentos, algunas chicas latinas se le acercaron, viendo que era una locura cómo bailaba, y le siguieron el rollo, bailando todas al compás.

Verla convertida en el centro de atención de la pista una vez más, me hizo revivir aquella primera noche en la que salió fuego de los ojos de todos los que la vimos bailar.

—De locura, bailas de locura—le confesé mientras trataba de seguirle el ritmo.

A mí bailar también me gustaba y me defendía bastante bien, aunque me sentía lejos de alcanzar el nivel de aquel torbellino que daba vueltas como una peonza con increíble naturalidad en la pista.

—Tú tampoco lo haces nada mal—me dijo mientras sus brazos rodearon mi cuello.

Imposible evitar que aquella cercanía nos llevara a otro sitio. Mis labios buscaron los suyos y ahí sentí que la música se apagaba, que la gente se marchaba, que nuestros pies paraban...

Vértigo, me dio vértigo.

Capítulo 22



Después de ese beso ninguno de los dos podíamos permanecer en aquel lugar.

—Vente conmigo por favor, no imaginas lo que lo deseo...

Kalyña me había explicado que, en su noche libre, la de los sábados, solía quedarse a dormir en casa de su amiga, donde permanecía hasta la noche del domingo, cuando tenía que volver a la casa en la que trabajaba.

—No sabes dónde te estás metiendo, ni yo tampoco, pero...vámonos.

Desde aquel “Me llamo Abby” hasta el presente nada volvió a sonarme tan sugerente, pero ese “vámonos” compitió con aquella primera frase que jamás pude olvidar.

La cogí de la mano y juntos llegamos al coche. Ya en él, me lancé sobre sus labios y comencé a besarlos con verdadera ansia. Jamás sentí una sed así, una sed que solo aquellos carnosos y rosados labios podían calmar.

—Estaría besándote aquí toda la noche, pero quiero que vayamos a mi casa, que estemos cómodos.

El trayecto se me hizo interminable y no pude dejar de acariciar su muslo, su cintura, su mano... Imposible no pensar en todos aquellos momentos en los que ansié sentirla y de repente, ¡zas! La vida me la puso por delante.

La impaciencia de Kalyña también se dejaba ver. Se tocaba el pelo incesantemente, me sonreía, cada uno de sus movimientos solo podía ser calificado de un modo; de sugerente.

No obstante, no había nada de forzado en ellos; aquella diosa rubia, tan elegante como era, exhalaba esa sugerencia por cada poro de su piel sin necesitar hacer nada para ello.

Ya en el ascensor de mi casa comprobé por primera vez cómo era tenerla en el cuerpo a cuerpo, pues sin pensarlo la aprisioné contra la pared de este.

La enorme desenvoltura con la que se dejaba hacer me recordaba cada vez más a aquella diosa que logró que todos los hombres de la sala ardiéramos con su sola presencia, a aquella mujer por la que todos suspiraron, a aquella que por fin iba a ser mía...

No exagero si digo que me temblaron las manos al meter la llave en la cerradura.

—Dime que eres real, dime que no vas a desaparecer—le pedí, esbozando una sonrisa que correspondió.

Para asegurarme de que así fuera, la tomé en brazos y entramos en el salón de mi casa.

Lo que vino a continuación, como ya estaréis imaginando, no fue precisamente romántico, pues fue demasiada la continencia por las dos partes durante aquel tiempo, y por fin íbamos a dejar salir todas las ganas acumuladas.

Cuando la tuve desnuda delante de mí, comprobé que la belleza de aquel cuerpo no era de este mundo. Normal que me hubiese dejado fuera de combate desde la primera vez que lo vi. Pero lo grave no era eso, lo grave era que el azul de sus ojos se me antojaba todavía más bello e intenso que antaño, abocándome a un irremediable enamoramiento.

Desnudo también ante ella (ni siquiera recuerdo cómo me despojé con tanta rapidez de la ropa), la senté en la cama e hice que abriera las piernas ante mí.

Sus senos, increíblemente firmes y voluptuosos, constituían una gran tentación para mi persona, pero el que albergaba entre sus piernas era un tesoro que yo deseaba poseer por encima de ninguna otra cosa en el mundo.

Hundí mi cabeza en su sexo y creí enloquecer de lujuria. Cuando la punta de mi lengua entró en contacto con su vibrante clítoris, sentí una corriente eléctrica que no me permitiría separarme de él hasta que este arrojara el resultado que yo perseguía; ese elixir por el que vendería mi alma al diablo.

A su vez, Kalyna se retorció de placer, y esa constituía para mí la imagen más deseada del mundo. Por mucho que la hubiese imaginado una y mil veces, jamás llegué a pensar que pudiera transmitirme todo lo que en aquel momento me transmitió.

En mi vida puse más empeño en nada, probar su sabor se convirtió en la mayor empresa que acometí nunca.

—Vas a hacer que muera de placer, vas a hacerlo—gemía.

—No, voy a hacer que vibres de placer, nada de morirte, eso está prohibido.

Puse todavía más afán en ello, por lo no fue extraño que en poco la viera rasgando casi

literalmente las sábanas cuando aquel orgasmo la atravesó de arriba abajo.

Kalyna era bonita la mirase por donde la mirase, y sus manos eran también como las de esas modelos de cremas, con una finísima manicura francesa que las hacía tan elegantes como el resto del conjunto.

Recuerdo que la noche que la conocí sus uñas estaban pintadas de un color rojo brillante que llamaba la atención, a juego con el resto del impactante y sexy look que lucía. Incluso en tales circunstancias, me resultó la más elegante de todas las mujeres, cuanto y más, lejos de ese mundo.

La que ahora tenía ante mí me mostraba su parte más vulnerable, lo cual no era óbice para que en ella habitara una criatura tremendamente sensual a la que volvía a mirar a los ojos.

Más sensual todavía horas después, ya os contaré.

Después de saborearla, me dispuse a hacer aquello que los dos nos estábamos suplicando con los ojos; hacer de nuestros dos cuerpos uno.

Mientras mi miembro se iba adentrando en su sexo, comprobé que lo que estaba sintiendo no lo había sentido antes, que estábamos jugando a otro nivel, que si había alguna posibilidad de que me enamorase más de ella, se estaba haciendo realidad en ese momento.

Sentir que Kalyna, la que tantas veces llamé Abby, eran por fin mía me elevó a lo más alto, al olimpo que solo pueden alcanzar quienes se sienten dichosos hasta la saciedad.

Hasta gimiendo era elegante y no os exagero, es que aquel ángel rubio a cuya cintura me agarré como quien lo hace a un clavo ardiendo, era la sensualidad hecha mujer.

Después de sentirla, mirándola a los ojos un buen rato, le di la vuelta, quedando ambos encarados hacia un espejo en el que vi reflejada la imagen que tanto y tanto anhelé; Kalyna jadeaba suavemente mientras yo la tomaba por los senos, que masajeaba a la par, y aquellos jadeos suponían para mí una melodía que me hacía entrar en bucle.

Cuanto más la escuchaba, más deseaba prolongar unos momentos que estaban llevándome al culmen de la virilidad.

Con una dureza férrea, mi miembro la penetraba una y otra vez, llegando a alcanzar una temperatura extrema.

—Ardes por dentro, preciosa mía, y me estás haciendo arder a mí.

—Ardemos juntos, los dos juntos—me susurró.

Juntos, éramos mucho más que por separado, algo que yo intuía pero que comprobé en una noche en la que, definitivamente, sentí que cualquier sueño puede hacerse realidad.

Solo quería que las horas no pasaran, que aquellos momentos se prolongasen indefinidamente.

Capítulo 23



Amanecer con Kalyna fue la culminación de aquel sueño. La abracé tan fuerte durante las pocas horas que dormimos que temí hacerle daño.

—Perdóname, creo que apenas he dejado que te movieras mientras dormías, ¿soy un poco pulpo? —le pregunté mientras le besaba la frente a aquella chica que tantos interrogantes me hacía plantearme.

—Un poco sí—me respondió burlona.

Me fascinó que se despertase de tan buen humor. Fueron varias las ocasiones durante aquella noche que quise comprobar que lo que estaba viviendo era real y no el fruto de uno de esos sueños que tantas veces tuve en el pasado.

—Pues lo siento, pero eso es lo que hay. Me ha costado demasiado dar contigo como para dejar de demostrarte a cada momento que me importas, es superior a mis fuerzas.

—¿Te importo? ¿Te importo de veras?

Increíble ver cómo, una mujer con el poderío que ella tenía, capaz de hacer caer a cualquier hombre rendido a sus pies, alucinaba porque yo le dijese que me importaba.

Habría apostado en ese mismo momento a que Kalyna, a quien ya empezaba a concebir con ese nombre en mi cabeza, estaba muy falta de cariño. Y si de eso se trataba, ya podía dejar de preocuparse, porque yo había acumulado docenas de camiones cargados para ella.

—¿Que si me importas? Me importas lo suficiente para hacerme sentir increíblemente afortunado, no tienes ni idea de cómo me has cargado las pilas, preciosa.

—No solo te las he cargado yo a ti, tú también me las has cargado a mí. ¿Sabes? Creo que en el fondo me gusta que seas un poco pulpo.

Sí que debía gustarle porque la noté muy cómoda mientras dormía, como buscando una protección que a su vez yo también me moría por brindarle.

—Me alegra mucho saberlo.

—Nunca me habían tratado así. He visto miles y miles de miradas de deseo en los ojos de muchos hombres, pero no vi que ninguno me mirara como lo haces tú.

—Claro, por eso, si tus amigas lo vieran, te dirían eso de “quédate con quien te mire como te mira Rémy”, ¿sabes?

—Causé su risa.

Si no arrimaba yo el ascua a mi sardina, ¿quién lo iba a hacer? Sentía la necesidad de ir entrando poco a poco en su mente, de que se abriera para mí, de que me contara por qué desapareció sin dejar rastro, de que me dijera que nunca se apartaría de mi lado.

—¿Quieres que salgamos o desayunar o prefieres que te prepare el desayuno y te lo traigo a la cama?

Cualquier cosa con tal de que se sintiera a gusto, de que no le diese por mirar el reloj, de que todas las horas del día le parecieran pocas para quedarse conmigo.

Yo sabía que la vuelta a la casa en la que trabajaba no podría demorarse demasiado, que por la noche tendría que volver y que yo contaría las horas hasta volverla a ver.

—Yo, yo lo que quiero es “besayunarte” —me confesó y tal confesión hizo que me la comiese a besos.

Ya hice el comentario de que Kalyna era mucha Kalyna y de que también tomaría las riendas en lo sexual durante aquellas horas. Lo hizo justo en aquel momento cuando a su anuncio de “besayuno” le siguió que se subiera encima de mí y, tomando mi erecto miembro (que ya lucía a punto para la ocasión), resbalara sobre él como sin duda alguna vez su cuerpo al completo lo hizo sobre una barra de estriptis.

En ese instante, mientras mi diosa cabalgaba sobre mí con total destreza, con inigualable sugerencia y con unas alocadas ganas de sacar de mí al salvaje amante que llevaba dentro, comprobé que ella jugaba en una liga a la que muy pocos tienen acceso.

—Cielo, vas a hacerme estallar de placer, y no quiero, todavía no—le comenté mientras ella, juguetona, aumentó el nivel hasta un punto tal que bien podría hacer enloquecer a cualquier hombre.

En ese momento no había pizca de vulnerabilidad en ella. No era a Kalyna a quien veía, sino a una Abby acostumbrada a ser el objetivo de libidinosas miradas y que había aprendido a vivir con eso, con todas las tablas que ello suponía.

Cuando comprendí que nada podría hacer sino estallar, conseguí parar su ímpetu atrayendo

su boca hacia la mía y besándola con todo el amor que acumulé para ella durante demasiado tiempo.

La fiera que llevaba dentro comenzó a venirse abajo y a dejarse querer, mientras yo acariciaba cada palmo de su piel como si de una joya se tratase. No me era difícil pensar así, para mí ella al completo era el más deseado de los regalos, un regalo que por nada en el mundo podía dejar marchar.

Cuando dejó que fuera yo quien dirigiera el recital de sus gemidos, seguí besándola, acariciándola y mimándola. El amante salvaje que habitaba en mí dio paso en ese momento a otro, mucho más romántico y cuidadoso, que quiso explicarle con gestos lo mucho que mi corazón latía por ella.

—Te quiero, mi niña—susurré en su oído y su reacción no se hizo esperar.

Me quedé sin reacción, ya que jamás habría esperado que las lágrimas salieran de sus ojos para ir a resbalar sobre sus mejillas en ese instante.

—¿Te he hecho daño? ¿He dicho algo que no debiera? ¿Qué te pasa, preciosa?

—No me has hecho daño, me has hecho mucho bien. Nadie me dijo antes que me quisiera, ¿sabes?

La abracé tan fuerte que dificulté la entrada de aire en sus pulmones. Yo, que no podía con las injusticias, tenía que lidiar con que a la mujer que amaba nunca nadie le hubiera dedicado un “te quiero”.

Fue en ese instante cuando me prometí que llenaría de “te quiero” sus días, que no permitiría que pasara ni un solo día de su vida sin que lo escuchara, que no volvería a sentir falta de amor ni un solo instante, no mientras yo estuviese vivo.

Estaba tan dispuesto a cumplir mi promesa... solo faltaba que ella me lo permitiese. Y creía ir por el mejor de los caminos.

Capítulo 24



Después de que nos bajáramos del carrusel sexual en el que permanecimos subidos por espacio de más de una hora, mi estómago debió pensar que me había puesto en huelga de hambre, porque no paraba de rugir.

—Parece que tienes ahí a un leoncito pequeñito. —Colocó la mano sobre mis abdominales en un gesto de lo más tierno.

El contraste en ella era brutal; aquella diva que parecía tener al mundo a sus pies en el escenario no era más que una cría cariñosa y afable fuera de él.

—Tú sí que eres una leoncita, preciosa. ¿Te preparo una taza de café?

—¿Café? ¿No tendrás Cola Cao por casualidad?

—¿Tomas Cola Cao? Qué bonita eres, no lo habría sospechado en la vida.

—¿No lo habrías sospechado por el lugar en el que me conociste? ¿Qué pensaste de mí?

Aunque se notaba que seguía sin querer hablar de su pasado, sí le interesó que le contase la idea que me formé de ella.

—Pues que eras una superviviente, eso fue lo único que pensé. ¿Qué más tendría que pensar?

—Una superviviente, bonita expresión.

—Estoy seguro de que lo eres. Y

ahora voy a prepararte ese Cola Cao, ¿te gustan los bollos rellenos de crema?

—¿Bromeas? Me encantan.

—Tú sí que me encantas a mí. —Le volví a dar un beso en la frente, no podía inspirarme más ternura.

Y, hablando de ternura, también fue todo un impacto el que me produjo su gesto al besar mi mano.

Puse la cafetera a funcionar y busqué un bote de Cola Cao que siempre tenía por si le apetecía a alguna visita. Qué bien me vino ser tan previsor para darle en la venita del gusto a la que rezaba porque se convirtiese en mi chica.

—¿Te ayudo a buscar algo? —Cuando me volví y la vi con una de mis camisetas puestas, morí de amor. O lo más parecido que pueda haber a eso, porque en el fondo me sentí más vivo que nunca.

—No, bonita, qué bien te sienta.

—Espero que no te moleste, estaba en una silla.

—No me molesta, quiero que actúes como si estuvieras en tu casa.

—¿Como en mi casa? Nunca he tenido una casa tan bonita como esta. Yo siempre he ido de ciudad en ciudad, nunca he permanecido demasiado tiempo en ningún lado.

Aquella primera confesión, sin que yo se la pidiese, me pareció un gran avance. Su pausa me indicó que ella necesitaba sus tiempos, por lo que no le pregunté nada más al respecto.

—Así que te gusta mi casa. —Seguí como si tal cosa, lo que quería era que se sintiese bien, que deseara pasar el día conmigo.

—¿Y a quién no le gustaría una casa como esta? Es una maravilla y con mucha luz, es muy alegre.

—Tú sí que eres alegre. —El entusiasmo con el que hablaba me hacía ver que un día hubo en ella una niña que se abrió al mundo con la máxima de las ilusiones.

—¿Yo? Bueno, procuro serlo, en la medida de lo posible.

—¿Y qué medida es esa? Ven aquí.

—Le indiqué que se sentara sobre mis piernas.

—¿Qué quieres? —Me miró graciosamente, con esa naricilla respingona que me provocaba comérmela a bocaditos pequeñitos.

—Yo te voy a hacer muy feliz, ¿te estás enterando?

—Eres muy bueno, pero no me conoces de nada. Hablas por hablar, te puede el entusiasmo.

—Sí que me puede el entusiasmo, pero no hablo por hablar. Si me conocieras sabrías que nunca hago eso. Si te lo estoy diciendo es porque tengo la total convicción de que quiero que seas feliz. ¿Y sabes una cosa?

Kalyna negó con la cabeza a la espera de lo que tuviese que contarle.

—Venga dímelas—me pidió e hice una pausa adrede, para darle mayor intensidad al asunto.

—Que así también lograré ser feliz yo. Y ahora levanta o no vamos a desayunar hasta por la noche.

—¿Podemos hacerlo en la terraza?

Me gusta mucho estar al aire libre.

—Claro que sí, tu ve sentándote allí, que ahora voy con el mantel.

—No, tú dame el mantel, que yo tengo dos manitas para ponerlo.

La mayoría de las chicas que yo conocía se habrían sentado en la terraza y activado el “modo marquesa”, dejando que las agasajara, pero no fue el caso.

Tenía mil planes que poder hacer con ella ese día, pero me sorprendió que se decantara porque nos quedásemos en casa.

Pedimos una paella para almorzar a un restaurante cercano que las hacía riquísimas y una tarrina de helado de chocolate del que ambos dimos buena cuenta.

Sobra decir que, junto con el helado, también volvimos a dar cuenta el uno del otro varias veces más antes de que por la tarde la llevase a su casa.

El momento de la despedida se me antojó un tanto dramático. Esperar hasta el siguiente sábado para verla no era algo que fuese a llevar absolutamente nada bien, pero no la podía presionar.

—Has sido muy amable, me he sentido muy, muy feliz durante estas horas contigo.

Nada de lo que me hubiera dicho podría hacerme más ilusión que eso.

—Te voy a echar mucho, pero muchísimo de menos durante esta semana. Tú vas a ser la culpable de que no dé pie con bola en sala.

—¿En sala? —me preguntó intrigada porque, en su afán de no tocar ciertos temas, ni siquiera salió el de a qué me dedicaba yo.

—Sí, es que no te lo he dicho, pero soy juez.

—¿Juez? —A Kalyna se le cambió la cara, no esperaría en mí una profesión que algunos relacionan con personas muy serias y demás.

—Sí, bonita, juez.

Volví a mi casa en una nube. Ni siquiera recuerdo nada del camino de vuelta. Solo me repetía una y otra vez que era imposible tener más suerte, que mi vida había dado un giro brutal y mucho

más que daría en cuanto ella aceptara vivir conmigo, porque ese sería mi siguiente objetivo; convencerla para que lo hiciese.

No recuerdo dormir con más nervios e ilusión que lo hice esa noche. Cuando por fin planché la oreja a placer, Kalyna apareció en mis sueños, como ella era; tierna y sensual al mismo tiempo.

Vino a mi casa sin avisar, se sentó en esa terraza que tanto me gustaba y, por fin, me abrió su corazón. Yo la escuchaba embelesado, tomando nota de cada uno de los detalles que tenía que contarme.

Sin embargo, cuando me desperté no existía en mí ni un vago recuerdo de esas palabras, ¿qué sería eso tan misterioso que habitaba en su interior?

Capítulo 25



Mientras me preparaba un café, no resistí la tentación de darle los buenos días por wasap.

—Buenos días preciosísima. Y lo de buenos lo digo con conocimiento de causa, que has hecho de mi vida una fiesta. Contando los segundos para volver a verte...

De momento no le entró, tendría que esperar para recibir esa respuesta que me alegrase la mañana, ¡qué remedio!

Me tomé la taza de café, me di una buena ducha y me dispuse a enfrentar una mañana de papeleo en mi despacho, que ese día no tenía juicios. Mucho mejor, porque eso me permitiría tomarme un café con Guille, que tampoco los tenía esa mañana.

En el momento en el que me monté en el coche, vi que el mensaje seguía sin entrarle. Desde que no tuviera cobertura hasta que fuera despistada con la carga del móvil, todo podía suceder.

Por mucho que yo quisiera meterme en su cabeza, ella ya me lo dijo; yo no la conocía.

—Tranquilo, Rémy, ya te contestará. No tienes motivos para vivir con miedos, disfruta de lo que te está pasando. ¿Te imaginas lo que habrías pensado hace un mes si te vienen a decir en el oído que la tendrías en tu cama y en tu vida?

—Hubiera pensado que el que me lo contara estaba flipado, y ahora, mírame, Guille; la he tenido para mí, ha estado en mi casa, me ha hecho tan feliz...

—¿Sí? Pues mira que ni se te nota ni nada, ¿eh? Pero espera que voy a por el babero.

—Te lo estás pasando bien con todo esto, ¿eh?

—Muy bien, primo, muy bien. Y me tienes que dejar que lo disfrute, que para eso soy el que te ha aguantado las penas durante dos largos años, una verdadera tortura, ¿o no?

—Pobre mártir mi primo. Aunque reconozco que quizás te haya dado un poquillo la lata, pero solo un poco.

—Sí, alguna que otra vez mencionaste el tema, pero solo eso. Si no fuera porque es mi tía, me acordaría de tu madre, pero estoy súper contento por ti, ya verás como todo va a ir fenomenal.

—Eso es lo que espero, pero hasta que logre ganarme su confianza no voy a estar tranquilo.

—Pues echa el freno, recuerda que no debes atosigarla. Si hay algo en su pasado que aún le duela, mejor dejarla a su aire, que sea ella quien tenga ganas de contártelo. También piensa en la posibilidad de que ese proceso sea largo, si la han explotado de alguna forma quizás enterrara esa parte de su vida y le cueste mucho volver a acceder a ella.

—Yo no quiero ni pensarlo, me pone enfermo esa idea, cambiemos de tema.

—Perfecto entonces, ¿por qué parte de los preparativos de la boda quieres que comience? Porque tengo capítulos de todos los colores y sabores, vas a alucinar.

—¿Y eso? ¿Te ha montado la niña algún otro pollo?

—¿Algún otro? Uno detrás de otro, querrás decir. Me ha pegado un fin de semana de miedo. Si hubiera ido a un pasaje de esos del terror habría pasado menos.

—Y un poco exageradillo no serás, ¿no?

—No, no, es que tú tendrías que verla. Con lo dulce que es y, sin embargo, cuando se le lleva la contraria en algo relacionado con la boda se convierte en la jodida niña del exorcista, me tiene acojonado.

—Un poco de teatro también le estás echando, pero, en cualquier caso, disfruta de todo lo bueno que te está ocurriendo con ella, ya quisiera yo estar de preparativos de boda con Kalyna.

—Yo seré teatrero, pero tú una mijilla impaciente también, ¿eh?

—¿Yo impaciente? No tengo ni la menor idea de dónde puedes haber sacado eso, primo.

Tan impaciente como que miraba mi móvil cada cinco minutos en espera de esa ilusionada respuesta que estaba deseando leer.

Sin embargo, fue mi ilusión la que se fue diluyendo cuando llegó el mediodía y la tarde, y no obtuve respuesta alguna de ella.

Todos los fantasmas del pasado, en comandita, vinieron a visitarme de nuevo. ¿Por qué no quería Kalyna saber de mí? Lo mismo todo lo del finde, el permanecer tanto tiempo conmigo, le había venido grande.

Yo ignoraba cuáles pudieran ser las cicatrices de su pasado, lo único que deseaba era besarlas, simplemente eso; besar unas cicatrices que así terminarían de sanar.

Dios sabe que tuve el impulso de presentarme en la casa en la que ella trabajaba, pero también pensé que podía quedar como un loco desquiciado. Y ella verme como tal y echarse definitivamente para atrás.

Por la noche, presa de los nervios, eché mano de Julián. Ya no me quedó más remedio que contarle todo lo mío con la ucraniana para lograr meterlo en el ajo.

—Ahora que ya lo sabes todo, por favor no me descubras, pero llama como quien no quiere la cosa a Nacho y Alba y comprueba si todo va bien por allí.

Julián, que era más majo que las pesetas, no dudó en hacerme el favor. Los minutos que pasaron hasta que me devolvió la llamada se me hicieron eternos, sin poder dejar de dar vueltas por la terraza, sintiéndome como un animal enjaulado.

—¿Qué te han dicho? —Descolgué desesperado.

—No tengo buenas noticias para ti, amigo.

Capítulo 26



Había desaparecido de nuevo. Por lo visto, lo hizo durante la noche. Kalyna llegó, cenó, se acostó y, cuando ellos se levantaron con los niños, ya se había marchado.

Debió hacerlo con total sigilo, porque ninguno de ellos escuchó nada. Se había llevado todas sus pertenencias, dejando las llaves de la casa y una simple nota de agradecimiento en la consola de la entrada.

Huir así ni siquiera le había permitido cobrar su último salario, y eso que casi estábamos a finales de mes.

No fue miedo el que sentí, fue directamente pánico. Kalyna iba a hacer que me quedara calvo de las preocupaciones, más que los pelones de Nacho y Alba.

No pude aguantar el impulso de ir a hablar con ellos. Sabía que no era lo más prudente, pero hay veces en la vida que no es obrar con prudencia lo que te pide el cuerpo.

Sin desvelar nada de su pasado, pero aludiendo a mi condición de juez, les conté que la conocía desde hacía tiempo y que su desaparición me preocupaba sobremanera.

También ellos estaban tan preocupados como desconcertados. Me comentaron que llevaba poco tiempo a su servicio, desde un mes antes de nacer los niños, que ya entró para ir haciéndose con la casa y demás.

—¿Me permitís que eche un vistazo a su dormitorio?

—Por supuesto—me dijo Alba mientras se secaba las lágrimas—, es que no sé lo que le ha podido pasar, es tan buena niña... Para mí, más que una empleada, es directamente una amiga.

Siempre rehusé la idea de tener a alguien de servicio en casa porque pensé que me resultaría muy violento, pero con ella todo fue muy fácil.

—Sí, es una chica muy afable y extremadamente cariñosa con los niños, sabíamos que estaban en las mejores manos. Saray, una amiga de Alba que tiene una guardería en un pueblo de

la sierra, fue quien nos la recomendó.

—¿Saray? ¿Me podéis dar su nombre completo?

Curioso que, por segunda vez en poco tiempo, una Saray fuera su ángel de la guardia.

—Claro, toma nota, Saray Guerrero Asunción.

Tomé nota de eso y de poco más, porque su habitación estaba pulcramente limpia, no se había dejado absolutamente nada. Sin embargo, detrás de aquellos muebles tan inmaculadamente blancos, vi una esquinita negra, de muy pocos milímetros, posiblemente deformación profesional.

—¿Me permitís un momento? —Me agaché y tiré de ella.

Saqué una vieja fotografía que se habría caído y reconocí a una jovencísima Kalyna acompañada de otras muchas chicas, todas ellas con una sonrisa forzada, en lo que parecía ser el patio de una casa.

—¿Es ella? Deben ser sus compañeras de estudios. Es una chica muy reservada, nunca habla de su pasado—me comentó Alba.

—Sí, es ella, ¿os importa si me la quedo? —Fue una pregunta de cortesía, porque ya me la estaba guardando en la chaqueta.

—No, claro que no. ¿Nos mantendrás informados de todo? Créeme que estoy muy preocupada. —Alba tenía una cara de disgusto monumental.

—Por supuesto que sí, habéis sido muy amables.

—Es lo mínimo, le tenemos mucho afecto a esa chica. —Nacho también estaba muy mal con todo lo sucedido.

Les agradecí su colaboración y me fui a casa. Allí analicé con lupa una fotografía en la que no se me escapó por alto un detalle; la mayoría de aquellas chicas lucían un pequeño *tattoo* en la muñeca, muy pequeño, pero que también tenía Kalyna, mi adorada Abby.

Por mucho que quisiera pensarlo así, no creía que fueran estudiantes. No me parecía el típico ambiente estudiantil. Aunque querían fingir una sonrisa, la misma petición de socorro que más de una vez detecté en los azules ojos de Abby estaba en los de todas ellas.

Mis peores temores parecían confirmarse, ¿caería en su día en alguna red de prostitución? ¿Mi querida niña tuvo que pasar por la cama de un montón de desaprensivos para llenarle los bolsillos a algún chulo ambicioso?

Solo de pensarlo se me removían las tripas, de pensar que algún desgraciado la hubiera

poseído a cambio de unos míseros billetes. ¡Si llego a pillar a uno de ellos le doy puñetazos hasta en el cielo de la boca!

La noche se presentaba toledana, ¿dónde estaba Kalyna y por qué? ¿Por qué había huido después de que algo tan bonito comenzara entre nosotros?

Odié la idea de que hubiese huido porque yo fuese juez y por ello fuera a “sentenciar un amor” por su pasado, dándolo por finiquitado por el hecho de que ella hubiese sido... no podía ni pensar en lo que hubiese sido. Y os aseguro que no por celos machistas ni nada parecido... sino por el dolor que eso le habría causada a mi niña.

Esa noche sí que me sentía como un león enjaulado. Imposible esperar hasta el día siguiente. Eché mano de un inspector de policía amigo y le pedí referencias de Saray. Cuando la foto de su DNI llegó hasta sus manos, comprobé que las casualidades no existen, y que esa Saray era la misma del club de alterne y la amiga de Kalyna.

A la hora de la salida la abordé en el parking.

—¡Joder qué susto! —se quejó.

—Lo siento, no quería asustarte, no soy ningún maleante. Te dije en su día que era juez y tú me contestaste que necesitaría una orden de tus colegas para que hablaras. Igual ahora te interesa saber que puedo desmontar tu coartada, esa que te hace aparecer ante los ojos de los tuyos como la dueña de una guardería—su cara de espanto me impactó—. Te lo voy a preguntar una sola vez, ¿dónde está Kalyna?

Con ella no hacía falta que disimulara, sabía muy bien cuál era su nombre.

La expectación por mi parte era máxima...

Capítulo 27



Saray se mareó. No hacía falta que me jurara que no fue fingido, sé detectar esas cosas.

—Perdona, yo no quiero causarte ningún mal, vamos adentro de mi coche.

—¿Adentro de tu coche? No se te ocurra ponerme las manos encima, ¿te mandan ellos? ¿La han encontrado?

—¿Quiénes son ellos? Saray, sé que está ocurriendo algo malo con Kalyna y supongo lo que es, ¿está escapando de algún proxeneta? ¿La obligaron a prostituirse? No la estás protegiendo, solo la estás perjudicando y yo puedo ayudarla.

La chica se echó a llorar.

—Pero es que no entiendes que yo ya no sé en quién confiar, también tengo miedo por ella, también intento protegerla, ¿sabes? Es mi amiga, yo la adoro.

—Pues si la adoras como dices, vas a tener que confiar en mí. Seguro que tú sabes cómo encontrarla, su teléfono está apagado desde hace muchas horas, pero tú tendrás alguna manera de contactar con ella.

—¿Y por qué tendría que confiar en ti? ¿Quién me garantiza que eres distinto al resto?

—Hagamos una prueba, baja del coche y llámala. Pregúntale si le parece que le mentí cuando le dije que la quería, si le parece que podría dejarla en la estacada, si le parece que me mueve alguna otra razón que no sea el amor.

Saray se quedó pasmada.

—¿Tú le has dicho que la querías?

¿Y ella se ha ido por eso? No tiene mucho sentido, sé que me dijo que tenía que huir nuevamente pero no entiendo...

De pronto entendió. Uno sabe cuándo la persona que tiene enfrente hace un alto en el camino y de golpe y plumazo cae en algo que lleva a que todas las piezas del puzle vayan directas a su

sitio.

—Tú eres juez y ella se ha marchado por eso.

—¿Se ha marchado porque soy juez?

Por el amor de Dios, eso no tiene ni pies ni cabeza. Si Kalyna lleva toda la vida huyendo de unos proxenetas, ¿en qué medida cree que puede perjudicarla que yo sea juez? Mejor que nadie podría garantizar su seguridad, ¿es porque le da vergüenza? ¿Es por eso?

—Lo que te voy a decir puede acabar con mi amistad con ella. Y te prometo que la quiero como a una hermana. Me da igual que seas juez, como si eres el papa de Roma. Si me traicionas, si nos traicionas, no tendrás agujero en el que esconderte, te lo prometo—me lo dijo con tal convicción que no lo dudé en ningún momento.

—No pienso traicionarte, suéltalo ya.

—Kalyna no cree ser víctima de esa gentuza, sino verdugo. Y por eso ha huido de ti como de la peste cuando se ha enterado de que eres juez.

—¿Verdugo? ¿Cómo podría ella, que es solo una niña, ser verdugo?

—Es que todo comenzó hace un buen puñado de años, cuando ella todavía ni siquiera tenía los dieciocho, allí en su país.

Saray seguía mareada, pero su verborrea se puso en marcha y no era cuestión de pararla. Por primera vez, estaba a un paso de descubrir la verdad, y eso era mucho más de lo que tuve nunca.

—Cuéntamelo todo, por favor, cuéntamelo todo, no os voy a defraudar. No sé de quién huye mi niña, pero me voy a dejar la piel para defenderla.

—Kalyna se enamoró de Pavlo en su país siendo todavía una adolescente y el muy desgraciado se las ingenió para que se fugara de casa con él. Él se había encaprichado de ella por motivos obvios, ¿qué te voy a contar a ti que no sepas?

—Ya, ya...—Tragué saliva, aunque daría la vida por saber la verdad, también era consciente de que me iba a costar un huevo de pato digerirla.

—Él era el padre de una compañera de cole de Kalyna, ¿puedes creerlo? Un tío con mucho carisma y mucha pasta que llegaba cada día a recoger a su hija en un cochazo diferente. Muchas mujeres le ponían ojos, pero él posó los asquerosos de los suyos en la falda del uniforme de Kalyna.

—Hijo de perra...

—No sabes cuánto. El día que la convenció para que se fugara con él la metió en una jaula de oro, pero que ella jamás consideró su hogar.

—Eso explicaría por qué me dijo que nunca había tenido una casa tan bonita como la mía, aunque viviera en una mansión.

—Correcto. Ni dos días llevaba allí cuando quiso ponerse en contacto con su familia y él se lo prohibió; también fue ese el día en el que le puso por primera vez la mano encima, tumbándola en la cama de un bofetón y gritándole que ella haría siempre lo que le saliera a él de las pelotas.

—Y ese fue el final del cuento y el principio de la pesadilla.

—Y que lo digas. Para ahorrarte sufrimiento te diré que a ella no tenía intención de prostituirla, no inicialmente. El tío era un proxeneta, eso sí, pero a Kalyna la consideraba su juguete preferido.

Apreté los puños. De todos modos, aquello escocía más de lo que nunca me escoció nada.

—¿Y qué pasó entonces?

—Que, aunque no la prostituyó, si la obligó a estar a su lado mientras “trabajaba”, reclutando chicas y demás.

Ella presencié muchas escenas que fueron rasgando su alma y, aunque era buena y bondadosa con aquellas chicas, no podía evitar sentirse cómplice de su tortura.

—Joder, y esa se convirtió en su propia tortura, de ahí su mirada de pena.

—Justo. Ella nunca ha sido capaz de dejar atrás ese halo de tristeza y eso que terminó jugándose la vida por una de aquellas chicas.

Con aquel relato cobraba sentido lo de la foto y el *tattoo* que todas llevaban, el miserable aquel las habría marcado como al ganado.

—¿Jugándose la vida? Pobre niña.

—Sí. un buen día aquel hijo de mala madre comenzó a traspasar todos los límites y apareció con una chiquita llamada Lesia, que no tenía más que catorce años.

—¿Catorce años? Es para reventar—resoplé.

—Sí, Lesia era el “regalito” que le había preparado a un cabrón que le pagaría una fortuna con tal de saber una cosa; que podría hacer con ella lo que quisiera, incluso disponer de su propia vida.

—Me dan ganas de vomitar, uno se avergüenza de ser hombre y de pertenecer a la misma especie que un tipo así.

—Ya, pero Kalyna, que se enteró del plan, no estaba dispuesta a permitirlo, por lo que planeó

la fuga con la niña. Ella ya había cumplido los dieciocho y le sería algo más fácil moverse.

—Y estoy seguro de que ató lo mejor que pudo todos los cabos antes de marcharse.

—No lo sabes tú bien. Ella logró salvar a Lesia de lo que habría sido una muerte segura, pero hay más; cuando huyó hacia España dejó las pruebas suficientes como para que al tío lo encarcelaran. Al final, a todo cerdo le llega su San Martín, y el tal Pavlo apareció un día ahorcado en su celda, curiosamente solo unos días después de que ingresara en prisión el hermano de una de las chicas a las que él prostituyó.

—¿Y entonces? Si el tío está muerto, ¿de quién huye ella?

—De la policía de su país. Verás, Pavlo, en su maldad infinita, le prometió un día que si él caía, también caería ella. Él se dedicó a falsificar pruebas que la implicaban en sus fechorías, por lo que la policía ucraniana consiguió que se dictara una orden de búsqueda internacional contra ella.

—Pobre Abby, pobre Kalyna, pobre de mi niña...—En mi cabeza se mezclaban sus dos nombres y todas las vivencias con ella. Ahora entendía su mirada de socorro.

—Sí, y tú no sabes lo que tuvo que luchar para sacar a Lesia adelante hasta que la niña pudo valerse por sí misma. Ella no tenía familia y Kalyna se convirtió en su hermana mayor. Para mantenerla a ella comenzó a bailar como estríper.

—¿Lesia es la amiga con la que pasa los sábados noche y los domingos?

—Exacto. Y por ella, así como por protegerse de una detención segura, cada vez que veía algo raro en uno de sus trabajos salía zumbando, cambiando muchas veces también de ciudad.

—Y ahora que por fin estaba en casa de tu amiga Alba, feliz y estable, aparezco yo y le asusta mi condición de juez.

—Sí, supongo que se fue por la patilla cuando le dijiste cuál era tu profesión. Ella no me explicó nada, pero me dijo que se iba una temporada a Huesca, que le había surgido un nuevo contratiempo.

Un contratiempo, de la noche a la mañana yo me había convertido para ella en un nuevo contratiempo, cuánto me dolió escuchar eso.

—No imaginas cómo lo lamento, pero me has ayudado mucho. Y tranquila, que tu pequeño secreto está a salvo conmigo—me referí a lo de su trabajo.

—Te lo agradezco, mi entorno no entendería que yo me dedicara a una cosa así, cuando lo cierto es que en este mundillo he conocido a maravillosas amigas, todas ellas con un pasado

digno de un guion de cine.

—Gracias por quererla y ayudarla tanto, gracias de corazón. —La abracé.

—La ayudé porque se lo merecía, es una chica excepcional, no lo olvides nunca. Cuando le di las mejores referencias de ella a Alba y a Nacho fue porque, por mucho que haya tenido problemas con la justicia, yo sabía que ella no era capaz ni de matar a una mosca y que los niños no podrían estar en mejores manos.

—Eso no hace falta que lo jures.

Me puse en marcha. El mismo inspector de policía amigo, al que le conté toda la historia, fue el que movilizó a sus compañeros de Huesca.

Un par de días después yo estaba por mordirme las uñas, por fumarme un cartón entero de tabaco (y eso que jamás fumé) o por subir al Everest si hacía falta, con tal de dar con su paradero.

Me había trasladado hasta Huesca y me pasaba las horas dando vueltas como un zombi por la calle, con la esperanza de que la misma carambola que se me dio en Madrid se repitiera, y me la volviera a cruzar en algún bar, en la calle o en la marquesina de un autobús.

Aunque Huesca no sea Hong Kong, lo mío era como buscar una aguja en un pajar. Sin embargo, el tener a toda la policía de mi lado, y el que lo hicieran con todo el sigilo, sin darle la más mínima publicidad al caso, terminó por dar sus frutos.

Capítulo 28



La llamada de mi amigo me devolvió a la vida.

—Rémy, la han encontrado, te paso la ubicación de dónde se hospeda.

Un humilde hostel nada céntrico le servía de morada. Aunque Kalyna era una luchadora, la vi venir con aquellas bolsas de la compra, sin duda para cenar algo en su habitación, y la noté derrotada.

En su preciosa cara, se apreciaban las huellas de no haber dormido bien las últimas noches, así como la tristeza y la desesperanza.

Tuve que pensar muy bien cómo acercarme para no dar lugar a una nueva huida por su parte.

Esperé a que se subiera en el ascensor y, en el último momento, di un salto y me colé en él.

—Rémy, ¿qué haces aquí?

—He venido a buscarte y te advierto que esta vez vas a tener que cargar conmigo—bromeé para quitarle tensión al momento—. No digas nada, por favor, sé todo lo de tu pasado, sé lo de Pavlo y su infame plan para que cayeras con él y te prometo que vamos a desmontar todas esas pruebas falsas para que nunca más tengas miedo.

Kalyna tiró las bolsas al suelo y se abrazó a mí, llorando como una Magdalena. Nunca he escuchado un llanto más desgarrador que el suyo, totalmente normal si partimos de la base de que lo que le salió de dentro llevaba muchos años torturándola.

—Llora todo lo que quieras, mi niña, desahógate, pero te prometo que yo he llegado para convertir todas esas lágrimas en risas.

La promesa que le hice en Huesca se convirtió en el nuevo foco de mi vida. Sabía que tenía por delante un arduo camino, en un país en el que la justicia no funcionaba como en el nuestro. Pero si algo había aprendido en mi carrera de judicatura era que la verdad siempre termina saliendo a relucir.

Esa no fue una noche de pasión, sino una en la que Kalyna terminó cayendo rendida en mis brazos, después de contarme pormenorizadamente el calvario que tuvo que vivir en manos de aquel energúmeno.

—¿Y tu familia? ¿No los has vuelto a ver? —le pregunté. No quería hacer sangre, pero había llegado la hora de poner todas las cartas encima de la mesa.

—No, solo pude hacerles llegar el mensaje de que estaba bien, de que me tenía que marchar de Ucrania y de que algún día volvería para darles todos los besos que en su día no les pude dar.

Les pedía perdón a mis padres porque, si no me hubiera marchado de casa, ellos se habrían ahorrado todo ese sufrimiento.

—No te lamentes más, por favor, ya todo eso quedó atrás.

—Es que no sabes hasta qué punto un mal paso puede destrozar tu vida y la de los tuyos. No te lo imaginas.

Yo, que siempre tuve el resquemor de haber hecho demasiado caso a mis padres en su día, incluso casándome con Amanda, entendí de golpe que solo había sido un niño con más suerte que un quebrado, con una vida en la que todo fueron luces y ninguna sombra.

—De acuerdo, pero ahora vas a tener la oportunidad de rehacer la tuya, no lo dudes. —La besaba una y otra vez.

—Pues no sé cómo, bueno sí que lo sé. Siempre tengo que renacer de mis cenizas como el Ave Fénix, ¿no es así?

La que tenía ante mí era una de esas súper heroínas que no necesitan capa para serlo.

—Pero esta vez con una diferencia, yo voy a estar ahí. En cuanto a lo del trabajo, ¿y si te tomas una temporada para pensar en lo que te apetece hacer con tu vida?

—¿Cómo? ¿Qué parte de que hay que llenar la nevera todos los días es la que te has perdido? —Sus lágrimas se confundían con su risa, y el delicado dorso de su mano era el instrumento con el que las borraba de su rostro.

—La nevera está llena, solo tienes que instalarte en mi casa, cambiar el chip y disfrutar de todo lo bueno que va a pasarte. Eso si es que te gusta lo suficiente, ¿te gusta? —Mi carilla de pena fue la que ella tomó, sorprendiéndome con un “¡¡¡te como!!!” que no se me ha olvidado jamás.

No me resultó difícil convencerla para que viviese conmigo, pero sí, y mucho, para que se tomara unos meses sabáticos en los que dedicarse solo a ella y su futuro.

No en vano, aquellos, aunque infinitamente dichosos por el hecho de estar juntos, no iban a

ser unos meses fáciles. Desde el primer momento me puse al habla con las autoridades de su país y conseguí parar su orden de extradición, al enviarles pruebas que la exculpaban de todas las maldades de las que el proxeneta aquel la acusó.

Pudimos hacerlo de otra manera, pero preferimos enfrentarnos a la realidad desde el primer día.

—Menos mal que hemos cogido el toro por los cuernos como tú dices—me confesó llorando nuevamente más que Jeremías el día que el asunto estuvo oficialmente resuelto y se procedió a su archivo.

Tuvimos la fortuna de que Kalyna se trajo con ella una serie de documentación muy valiosa para el caso y de que contaba con una memoria prodigiosa que le permitió desmontar todos los argumentos falsos de aquel malhechor.

Lo que creíamos que tardaría meses se resolvió en unas cuantas semanas, por lo que aquella noche nos fuimos a celebrar la que se convirtió en la mejor noticia de nuestras vidas.

—He reservado para tres en un sitio maravilloso—le comenté cuando terminó de dar saltos de alegría como una colegiala.

—¿Para tres?

—Sí, quiero conocer a Lesia, sé que ella es importantísima para ti, y también lo será para mí.

Kalyna rodeó mi cuello con sus brazos. Para mí ese se había convertido en el gesto más deseado del mundo, a sabiendas de que después me caía una batería de besos.

—Te va a encantar, es un amor de niña, y una preciosidad.

—Estoy seguro de ello, pero nadie puede encantarme ni la centésima parte de lo que me encantas tú, me siento tan bien a tu lado, mi vida...

Con Kalyna me sentía un hombre pleno. Y en ese instante, en el que comenzábamos una nueva vida, libre ya del yugo de la orden de detención contra ella, esa plenitud cobraba un sentido todavía más especial.

Tocaban presentaciones, la de mis padres se produciría en la boda de mi primo Guille, que estaba ya al caer. Allí se congregaría toda mi familia y yo presumiría de tener la novia más bonita del mundo.

Pasaban por el altar en tiempo récord, ya que Rosa se encargó de que mi primo no se echase para atrás, organizando una boda en pocos meses, cosa que no era moco de pavo.

Kalyna les cayó sensacional a todos. Mis padres, que en principio se mostraron un poco

reticentes por tratarse de una chica extranjera de la que no tenían referencias, acabaron por decirme que era una monería y de lo más simpática.

Vaya, que se los metió en el bolsillo y eso no era nada sencillo.

También Amanda, que se casaba pocas semanas después, terminó dándome el visto bueno, aunque la muy zalamera de ella, me llevó a un sitio aparte y entre bromas me dijo...

—¿Ves como fue una idea formidable la de ir a ese club de intercambio?

Epílogo



Pocos meses habían pasado desde que mi ex se percatara de quién era Kalyna, algo que se saldó con unas buenas risas por parte de todos.

—¿Estás nerviosa, mi vida? —le pregunté mientras la cogía por la cintura en el aeropuerto, camino como estábamos de la ciudad de Kiev, la capital de Ucrania, en la que vivían sus padres.

—Imagínate, no he vuelto a verlos desde que me marché de casa a los diecisiete, hace la tira de años.

—Ellos te adoran, yo los he escuchado hablar contigo por teléfono y te adoran.

—¡Ni que entendieras lo que me dicen! —Se rio.

—Ni en mil vidas podría entenderlo, pero sí que entiendo a la perfección el tono en el que te hablan.

—Siempre fueron muy buenos padres, me va a costar perdonarme por lo que les hice.

—Eh, eh, ellos te han perdonado ya, así que borrón y cuenta nueva. Ahora vamos a pasar las mejores Navidades de nuestras vidas.

Qué duda había de que así iba a ser. Para mí, al estar con ella, se convertirían en las mejores Navidades así las pasáramos debajo de un puente. Aunque buena cosa se me había ocurrido, con el frío que hacía allí.

—¿Llevas las orejeras? Que han anunciado un temporal de espanto.

—No te preocupes que saldremos poco, y yo te daré calorcito.

—¿Calorcito? Recuerda que no estamos casados y que mi padre es cazador, tiene varias escopetas en casa.

—¿Con eso quieres decir que...?

—Que no vamos a dormir juntos, ellos son muy tradicionales, lo siento. —Su gracioso mohín

al finalizar la frase lo suavizaba todo, ¡yo sí que me la comía a ella!

—Eso se avisa de antemano para que lo vaya digiriendo, ¿no? Que me ha cogido así de sopetón.

—Mejor eso a que quien te coja sea mi padre, créeme. —Su risa contagiosa me hizo desternillarme.

Habían cambiado muchas cosas desde que vivíamos juntos en la que ya se había convertido en “nuestra casa preciosa”, como Kalyna la llamaba. Día a día, la tristeza fue desapareciendo de su mirada y la alegría se instaló definitivamente en sus ojos.

También me dio la sorpresa de querer estudiar Derecho, pues decía querer convertirse en abogada de extranjería, para poder ayudar a todas las personas sin recursos que se vieran solas y desamparadas lejos de su casa, como le ocurrió a ella.

Lo más curioso del caso fue que no lo haría sola, porque había animado a Lesia a estudiar con ella. Por cierto, que esa otra chica, pasó a formar parte también de mi vida, como si fuera mi cuñada, y todos los fines de semana comíamos con ella, siendo muchas las veces que también se quedaba en nuestra casa a dormir.

Yo era el orgullo personificado, camino de Kiev y con mi querida Kalyna de la cintura.

Y, por si eso fuera poco, tuve la oportunidad de presenciar el más bonito de todos los reencuentros; el de Kalyna con sus padres, a quienes también les presentó a Lesia.

Ah, ¿Que no os lo había dicho?

Pues claro que ella viajó también con nosotros, que para algo estábamos en Navidades y la familia debía estar unida. Toma ya, ¿no era yo el que se mofaba de eso hacía un tiempo? Pues nada, que no se puede escupir hacia arriba.

Las lágrimas de Oxana, la madre de Kalyna, cayendo como puños sobre su rostro, y el gesto de agradecimiento de Anton, su padre, mientras me daba las gracias por haberles llevado de vuelta a su niña, me estremecieron.

En ese instante no me hizo falta que Kalyna actuara de intérprete, porque se sacaba todo del contexto.

Al llegar a su casa me sentí como en la mía, porque ellos no podían ser más amables y estaban en todo.

El momento más emotivo llegó cuando Kalyna entró en su cuarto y se reencontró con todos los recuerdos del pasado. Corriendo hacia su madre, se echó en sus brazos.

—Está todo igual que cuando yo lo dejé—le decía sin poder dejar de llorar.

—Y no sabes lo que lloré porque algún día tus azules ojos lo pudieran volver a ver, mi niña

—la besaba sin parar.

Los azules ojos de su niña los había heredado de mamá, pues Oxana tenía también aquellos preciosos ojazos que volvían a brillar en el día más emocionante de su vida; el del reencuentro con su pequeña.

Eso sí, su padre fue intransigente y yo, que no podía dejar de hacerla mía ni un solo día, amándola mientras explorábamos todas las posturas posibles en el sexo, me tuve que conformar con que Kalyna y Lesia compartieran su dormitorio, mientras que uno quedaba relegado al de invitados.

La noche la pasé en vela, por eso y porque, si ese día había sido especial, el siguiente no lo iba a ser menos.

Sentados todos en aquella mesa repleta de exquisiteces típicas de la tierra y mientras fuera caía una nevada tan copiosa que no había manera de moverse sin un trineo, aproveché que Anton sacó su cámara para grabar y cogí la mano de Kalyna.

—Mi vida, sé que igual te coge un poco de sorpresa lo que voy a decir, pero es que yo no puedo esperar más—Lesia, que estaba compinchada conmigo, comenzaba a dar palmaditas mientras sonreía—. Tú sabes que yo te quiero desde el primer día que te vi, ¿verdad?

—Sí, o al menos eso es lo que tú me has contado. —También nerviosa, le salió la bromilla, claro que lo sabía, lo sabía de sobra.

—Y te conté la verdad. Y ahora, unos poquillos meses después, pero suficientes para saber que te voy a querer más cada día de mi vida, no puedo esperar más para preguntártelo, ¿te quieres casar conmigo?

Puse el anillo sobre la mesa y ella lo cogió con el mismo mimo con el que a continuación enmarcó mi cara entre sus manos.

—¿Yo? Yo me casaría contigo una y mil veces, porque también te quiero desde la primera vez que te vi, cariño.

La grabación se terminó ahí, porque a Anton, que sí que le cogió totalmente de improviso mi petición de mano, se le resbaló la cámara y se le desencajó la mandíbula, como en los dibujitos animados.

—Papá, ¿estás bien? —Le daba ella cachetitos en la cara.

Igual los cachetitos o un tiro en su defecto, me los habría dado él a mí, pero valdría la pena.

...Y es que cualquier riesgo era poco al pensar en una vida con Kalyna, la diosa rubia que

vino a darte una voltereta a la mía, enseñándome que el amor no entiende de barreras, ni de idiomas, ni de órdenes de búsqueda internacionales, dicho sea de paso.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado mi novela, no olvides dejarme tu comentario en Amazon. Puedes encontrarme en mi Facebook: [Manu Ponce](#). Y en mi Instagram: @manu.ponce.escriptor

Con mucho cariño,

Manu Ponce.

Más de mis novelas haciendo clic en el siguiente enlace: <http://relinks.me/ManuPonce>